

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI

San José, Costa Rica **1938** Sábado 3 de Diciembre

Núm. 4

Año XX — No. 860

SUMARIO

Santos Pérez está acechando a Sarmiento.....	Luis Alberto Sánchez	En elogio de José Martí.....	Augusto Arias
La mujer genial.....	Otilia de Tejeira	Martí, político monetario.....	Raúl Mestri
Tablero.....		Nieto Caballero, rector.....	
Poesías.....	Galiana Aragonés	Una paradoja y un remedio.....	Agustín Nieto Caballero
Juan Montalvo.....	Arcesio Zambrano	Erase una vez.....	
Y en ese día.....	Miguel de Unamuno	Los chicos.....	Antón Chejov

¡Santos Pérez está acechando a Sarmiento!

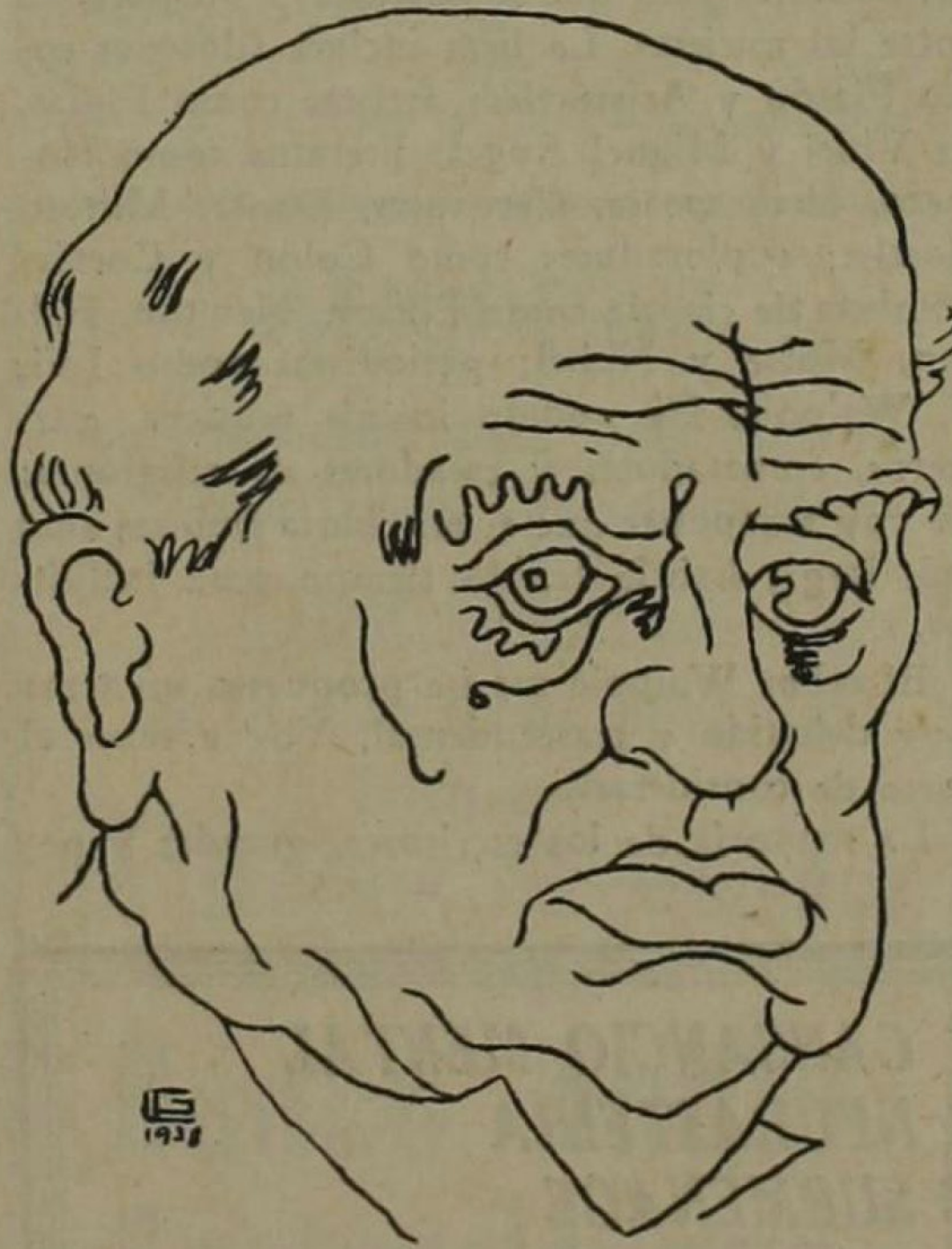
Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

== Colaboración, Santiago de Chile, octubre de 1938 ==

Escribo, Sarmiento, desde la misma tierra en que refugiaste tu insobornabilidad: desde Chile. Heme aquí, como tú, desterrado. Como tú erguido contra una tiranía peor que la que tú combatiste; porque Rosas al cabo fué un tirano nacional, expresión criolla, y Benavides, el del Perú, es un mandón entreguista, expresión de baja sensualidad y de codicia. Estos destierros, Sarmiento, son fecundos en lecciones. Condensan el odio y el amor. Los hacen extractos. Cuando nos muerde la nostalgia habemos de resolverla en ímpetu. Cuando la angustia: pues revestirla de serenidad. Y vigilar ante el sosiego; montar guardia frente al conformismo. Espías de nuestras debilidades para sofrenarlas, para aventarlas lejos...

Aquí está aun la casa en que recibiste a Lastarria y fundaste tu primera escuela santiaguina. Allá, en los Andes, camino de Argentina, la otra casita en que desvelaste sueños para encender juventudes. Toda tu vida es de casas modestas, pero empujados pensamientos. Modesta también, con modestia provinciana, no más, la casa de San Juan, la de *Recuerdos de Provincia*. Y modesto el asilo en que te echaron "la última retreta", allá en el Paraguay. Tu anchedumbre fué criolla, americana de entonces. Por eso hervida de hirsutez, antetala de rabia.

Te he visto de muchos modos, Sarmiento, pero ahora que comparto tu destino, me siento más justo a ti. Desde esta tierra no se divisa como desde la tuya la cruz del Sur. Pero a cambio de cielo dilatado y pampa como cielo, la montaña yergue su lomo y obliga al recogimiento. Aquí nació *Facundo* —¿te acuerdas, Sarmiento?—; aquí te hiciste americano, tu, sanjuanino. Aquí dijiste tantas cosas que recogieron tus enemigos, hasta aquello de la Patagonia chilena, cosa digna de ti, porque el empinarse sobre las fronteras es postura que necesita la misma fuerza que aquella otra muy tuya: cuando en la cámara, ante las risotadas absurdas de tus colegas, aumentabas la cifra con que tus sueños condecoraban el futuro argentino: "cuando Argentina tenga veinte millones de exportación... (Risas) ...Veinte nó, cuarenta... (Más risas) ...Cuarenta nó, ciento (Carcajadas) ...Que venga los taquígrafos y



D. F. Sarmiento

Dibujo de Laporte

He querido, señor Presidente, que la barra me oiga una vez, que vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una pérdida para el país, que ustedes encadenen y humillen y vejen este espíritu que ha vivido sesenta años, duro contra todas las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha sufrido la pobreza que ustedes no conocen, y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer, y que desde entonces viene abriéndose camino con el trabajo, la honradez y el coraje de desafiar las dificultades.

(Palabras de Sarmiento en el Senado argentino, sesión del 8 de julio de 1875).

tomen mis palabras y dejen constancia de estas risas para que la posteridad sepa mañana con qué fe he mirado yo siempre el porvenir de la Argentina y con qué clase de gentes he tenido que vivir peleando". Sarmiento... Sarmiento... Sus hijos te admiran ahora, por no poder hacer otra cosa... Sarmiento, Sarmiento: cosas de mestizos...

* * *

Yo tenía un plan aquí junto a la máquina de escribir. El nombre de Sarmiento lo barrió, vendabal incontenible. Ahora me quedan las ideas centrales, la emoción también central. Este Sarmiento, fuerza de la naturaleza, turbión ciego —y vidente por lo mismo— realiza la mejor síntesis americana o preamericana del siglo XIX. Nadie le aventaja en potencia; en parquedad y elegancia, Martí, prócer de verso y prosa, y hombre de los que mueren —y así murió— por su idea. Sarmiento era todo cuanto se podía ser y no ser; sobre todo, pugnaz. En países apenas salidos del virreinato, la pugnacidad era la mejor presea emancipadora y emancipada. Sarmiento nunca habría admitido esa cultura aséptica e insexuada con que nos pretenden decorar los que sienten esas cosas y de esa manera. Si aun América es tierra de delirios, cómo no lo habría sido entonces, recién salida de la tormenta emancipadora. Nada había que definiera los conceptos de patrias—así en plural—, pues todos emergíamos del fecundo caos. ¿Hasta qué punto Charcas era Bolivia, Argentina, Perú? ¿Hasta cuál, Patagonia podía ser insertada en una u otra banda? ¿Tenían definidas sus fronteras amazónicas —¿las tienen hoy?— Brasil, Ecuador, Colombia y Perú? ¿Cuál era la línea fronteriza que dividía a Venezuela de Nueva Granada? ¿Qué raza unía más, el hispano advenido, o el indio vernáculo? Preguntas lanzadas como en tómbola, para atrapar cualquiera. Lo sustantivo, lo exacto era que Indo América fermentaba de impulsos y nadie podía canalizarlos, ni mucho menos segmentarlos. Sarmiento, la barbilla terca, la nariz ancha, la frente cupular, el gesto porfiado, miraba todo eso y se afirmaba como ciudadano de América. Pero, enemigo de sí mismo, cuando faltaban contradictores, se nombró europeísta siendo el más gaucho de los gauchos. Acaso, por

eso mismo, como el parisianismo de más tarde, Rubén...

Sarmiento no es figura sólo argentina. En Perú anduvo trazando planes de anfictionismo a lo Bolívar, pero con cierto leve sentido económico, que en Alberdi es de más flor y da más fruto. En Chile, planeaba ensayos sociológicos y bocetos pedagógicos. En Estados Unidos fué el docente, y en Europa, el curioso impertinente. En Argentina, el contradicho, pero el realizador. Tenía pulsos de pugilista, mas no apegado a las estiradas reglas de Queensberry —entonces nonatas—, sino a este democrático y cao-crático catch-as-catch-can en que se usan todas las armas naturales y todas las tretas y ardidés; reinado de la artimaña y la deslealtad, de la fuerza y de la limpieza, de ímpetu y resistencia. El europeísta se tornó en norteamericanista al declinar su vida. *Conflictos y armonías de razas* pretende justificar doctrinariamente largas dubitaciones y decisiones veloces, muchas veces impensadas. *Facundo* no trata de justificar nada: exalta la pasión argentina por la civilización, pero no era eso, lo que Sarmiento veía, no era eso civilización, o acaso, sí, lo era, pero de ningún modo era cultura.

La campaña y el gaucho representaban esa madura tradición argentina que fluye de *Recuerdos de Provincia*. No de *Argirópolis*. Nó: de *Recuerdos*. La Argentina invisible como la llama ahora Mallea, la Argentina de la edad del cuero, esa Argentina múltiple, incansable y fecunda, caía, sin quererlo acaso el padre de *Facundo*, bajo la denominación de "barbarie". Rosas pudo ser—y fué—la barbarie, pero la campaña, la provincia, nunca. El hombre de la campaña fué a ejercer su odioso despotismo a la capital, a la urbe europeizante ya. Si bien es cierto que de un europeísmo concentrado no puede hablarse sino a partir de 1880, en el ocaso de Sarmiento, mucho después de Rosas...

De todos modos, el afán de superación, el anhelo de dar cima a los propósitos de airear a la Argentina son patentes de Sarmiento. Por ellos luchó a la argentina, a lo gaucho, a lo "bárbaro": lanzando denuestos para enseñar a ser urbanos, pegando mandobles para enseñar a ser pacíficos. Intolerante de la tolerancia. Contradictorio: caos hirviente y fecundo siempre...

* * *

Empezar a decir de Sarmiento es como despuntar el tema del río, del árbol, del hogar, del recuerdo, de la lucha. Se comienza y no se acaba. Tiene tantos vericuetos este sendero, tantas sorpresas esta ría, tantos nudos esta cuerda. Sarmiento es tema de abuelos y de jóvenes, como lo permanente. Un tema-calceta, un tema-bolillo; se teje y reteje, y siempre quedan puntos calados, vacíos, huequitos para llenarlos de descubrimientos. Pero, queda siempre un vacío más grande, —quedaría— si no reactualizáramos a Sarmiento...

Imaginémoslo de ahora, con sus ideas, con su mecanismo psíquico, con su belicismo educativo...

Arrugado el ceño no distinguiría esas escuelas, para los hombres del pueblo como él las imaginara. "Y pensar que yo escribí una vida de Jesucristo para enseñarles a ser caritativos, tolerantes y heroicos" mascullaría recordando su hazaña —que lo fué dentro de su temperamento. "Y para esto escribí la vida de Franklin"... "Facundo ha triunfado, pero vestido de ciudad, sin chiripa y sin tientos ni lazo: ha triunfando a la europea, dejándonos sin tradi-

ción y sin cultura, con civilización y barbarie: aquella caricatura de lo culto, pura apariencia, y eso, todavía capacidad de derribar murallas"... Y diría todo esto pensando en Indoamérica sin exceptuar país alguno... Luego, siempre agestado, buscaría a su adversario; ¿Y Rosas? Ya no el enemigo viril de ojos azules, buen mozo y buen jinete, cruel y tozudo, pero incapaz de transigir con el "rey guardachanchos", ni con nadie que pretendiese sojuzgar a su tierra... Los ojos de Sarmiento nublaríanse apenados. Crueldad visible no, pero entreguismo, sí. ¿Qué importa —dictaría su nuevo apotegma— la ficción de civilidad si se nos arranca la soberanía! Sarmiento antimperialista, por gaucho y argentino, por indoamericano y pugnaz, estaría aquí, de este lado, con la cultura que separe a fuerza de dolor; nunca con la civilización enlevitada de los mismos que se burlaban

de él en el congreso argentino, con aquellos a quienes hubo de apostrofar con su Yo, mayúsculo, erguido, como su memoria hasta ahora, insobornable y arrogante, Yo fuera de las academias, Yo insumiso a los clubes literarios, Yo de acero por ser Yo colectivo, no yo enfermizo de intelectualidad egoísta. Yo nutrido de savia humana, representativo de muchas ansias inéditas, de mucha americanidad palpitante: Yo-Todos.

Pero... ¿a qué seguir? Habrá tantos comentarios... De aquí y de allá. Viejo Sarmiento, sombrero como un ombú: todavía no te han matado a fuerza de traiciones, pero esta vez te tundirán, agónico, los elogios de tus formadores. Mala suerte, Sarmiento. Facundo es ahora letrado, y Santos Pérez tiene manos pulidas y cintajo en el ojal de la chaqueta.

Destierro, Santiago, 1938.

La mujer genial

Por OTILIA DE TEJEIRA

= Colaboración. Panamá, octubre de 1938 =

La semana pasada, mientras trataba desde este mismo micrófono el tema de *La Mujer en los Tiempos Primitivos*, nuestro estimado amigo y anfitrión, Luis F. Walpole, entre broma y en serio, elaboró una lista respetable de grandes hombres para que le buscara yo un paralelo entre las mujeres. La lista incluía filósofos como Platón y Aristóteles; artistas como Fidias, da Vinci y Miguel Angel; literatos como Homero, Shakespeare, Cervantes, Dante, Milton, Goethe; exploradores como Colón y Cortés; hombres de ciencia como Edison, Newton, Fulton, Morse y Nobel; periodistas como Luis F. Walpole. Ha podido incluir músicos, guerreros, emperadores y creadores de religiones; yo voy a suponer que si mi charla hubiese sido más larga, habría tenido tiempo para incluirlos.

El señor Walpole me ha propuesto un tema muy debatido y trascendental. Voy a tener el gusto de considerarlo.

La mayoría de los escritores, grandes y pe-

queños, masculinos que han tratado este tema han asegurado de plano que las mujeres somos incapaces de producir genios femeninos. Nosotras nos hemos limitado con frecuencia a dar excusas y quejas acerca de nuestra posición en la sociedad. Yo creo que es posible anotar muchos hechos de orden social y psicológico que explican la falta relativa de genios femeninos y que es necesario también revisar nuestra opinión sobre muchos valores de mujeres. Y la importancia de este trabajo estriba en la influencia que puede ejercer un criterio errado en la educación de las mujeres y su selección de profesión.

Por ser fácil de comprender y aplicar, utilizaremos la definición de genio que da Sir Francis Galton, uno de los primeros en estudiar este problema psicológico. De acuerdo con el reconocimiento que la sociedad da al individuo, una persona "ilustre" es aquella que llega a una posición alcanzada por una en cada millón. Quiere decir pues que sólo un pequeño número de personas de ambos sexos pueden ser genios en cada generación. Galton llega a una conclusión de gran importancia para nosotras: los genios masculinos que encontró pertenecían a familias ilustres que poseían no sólo capacidad heredada sino también dinero y educación. Es decir, un genio no lo es tan sólo por su talento sino que es también un producto de su ambiente. Cada genio es posible sólo por la existencia de numerosos individuos de talento, de entre los cuales emerge uno superior que resume y representa su época o su especialización en esa época.

En los tiempos primitivos el hombre y la mujer muestran la misma capacidad creadora. Es en los tiempos históricos cuando comenzamos a notar diferencias marcadas de capacidad entre los sexos. Y es porque en estos últimos tiempos las mujeres tienen ya relativamente pocas líneas de trabajo en el hogar y las que todavía quedan se ciñen a satisfacer necesidades diarias. Además la educación de la mujer casi nunca ha tendido a desarrollar la personalidad sino a imprimirle una manera de ser y actuar convencionales. La maternidad sin control les hace dedicar todos los años mejores de la juventud y la madurez a la crianza de los niños cuando no a los cuidados del esposo. El genio implica variedad en la creación y alguna técnica dominada a la perfección, sea ella razonamiento

**CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL**

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente".**

abstracto, diseño, música o lo que sea. Los contactos profesionales que ofrece un colegio, un taller, un club o un gremio de oficio, faltan en el hogar.

A estas circunstancias que limitan la especialización y los contactos estimuladores, se agregan primero la exageración de la importancia que posee la especialización de la persona que hace el estudio de personas prominentes y la tendencia tan generalizada de no reconocer la excelencia de los trabajos realizados por las mujeres. Los hombres, interesados en la filosofía y las artes plásticas creen que estas líneas son infinitamente más importantes que otras avenidas de expresión. Un trabajo femenino provoca todavía una sonrisa o una duda o simplemente indiferencia y olvido.

Safo fué llamada "La Poetisa" por quienes llamaron a Homero "el Poeta." Todos han conservado y estudian las obras de Homero. Las de Safo las hemos dejado perder y generación tras generación se han dedicado a crear leyendas acerca de si tenía o no amantes y si éstos eran masculinos o femeninos. El hecho de que se acuñaron monedas en su honor, el de que se le erigieron altares y hasta templos y el de que inspiró a poetas líricos griegos y romanos que la consideraban la expresión máxima de la pasión en poesía, son fácilmente olvidados. Corina, poetisa que derrotó cinco veces a Píndaro en los concursos de Tebas, era líder de una escuela poética de hombres y mujeres, pero nadie la recuerda; a Píndaro se le estudia por ligero que sea el interés que nos despierta la literatura clásica. Hace menos tiempo, Cristina Rosetti, Mrs. Browning, Edna St. Vincent Millay, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y otras, han sido poetisas de primer orden en el mundo.

En filosofía, Sócrates—de quien no se ha conservado obra alguna y a quien se conoce sólo por los diálogos escritos por su discípulo Platón— nombra a Diotima y a Aspasia como sus maestras de filosofía. El mismo Platón, Jenófote, Esquines, Anaxágoras, han dejado escrita su admiración por Aspasia. El famoso "Conocete a tí mismo" de Sócrates era el lema de las Pitonisas de Delfos, quienes lo tenían grabado en el pórtico del templo. Los pitagóricos cuentan entre ellos a Teano, esposa de Pitágoras, investigadora en física, matemáticas, psicología de los niños, medicina y filosofía moral. Fué una de las primeras en enunciar el principio filosófico del "medio feliz" por el cual Grecia ha sido considerada una maravilla del mundo. Después de la muerte de su esposo ella continuó al frente de la escuela pitagórica. Algunas de sus cartas existen todavía aunque sus obras principales han desaparecido. Míia, Arignote y otra hija de Teano y Pitágoras, fueron célebres en su tiempo como filósofas. Aristóteles habla muy bien de Perictione, que escribió sobre la *Sabiduría y la Harmonía de las Mujeres*. Asara de Luscania escribió sobre la Naturaleza Humana; fué muy apreciada durante la cultura romana; la alaban personas como Cátulo y Horacio; Alejandro el Sofista daba conferencias sobre ella y sus obras. Se la considera inventora del arpa, instrumento creado para acompañar sus himnos a los dioses.

La novela ha florecido entre las mujeres del siglo XIX a esta parte. Las hermanas Brontë, Jane Austen, Jorge Eliot, Jorge Sand, Sigrid Undset, Selma Lagerloff, Virginia Woolf y otras, no han producido ninguna de ellas un Quijote, pero sólo existe un Quijote entre los libros escritos por hombres y ninguna de ellas tuvo la variedad de experiencias humanas que tuvo Cervantes. En cambio Mme. Sevigne no

ha sido superada por ningún hombre en la perfección literaria de sus cartas.

Ninguna mujer ha escrito dramas como los de Shakespeare. Virginia Woolf nos va a decir por qué: "...habría sido imposible, completa y enteramente imposible que una mujer hubiese escrito los dramas de Shakespeare en la época de Shakespeare. Dejádme imaginar, porque es muy difícil encontrar los hechos, qué habría pasado si Shakespeare hubiera tenido una hermana maravillosamente dotada, cuyo nombre, vamos a decir, hubiera sido Judith. Shakespeare fué probablemente—su madre fué una heredera—a la escuela elemental donde aprendió latín—Ovidio, Virgilio y Horacio—y los elementos de gramática y lógica. El fué, esto se sabe bien, un niño inquieto que cazaba conejos, mató quizás un ciervo y tuvo que casarse antes de lo debido con una vecina que tuvo un hijo de él antes de lo correcto. Esta escapada lo envió a buscar su fortuna en Londres. Tenía, según parece, cierto gusto por el teatro; comenzó cuidando caballos en la puerta de los artistas. Muy pronto consiguió trabajo en el teatro, se convirtió en actor consumado y vivió en el centro del universo, conociendo a todos, relacionándose con todos, practicando su arte en las tablas, ejercitando su ingenio en las calles y hasta alcanzando acceso al palacio de la Reina. Mientras tanto, su extraordinariamente dotada hermana, vamos a suponer, estaba en la casa. Ella era tan aventurera, tan imaginativa, tan deseosa de ver el mundo, como él. Pero no fue enviada a la escuela. No tuvo oportunidad de aprender gramática ni lógica, mucho menos leer a Horacio y a Virgilio. Ella cogió un libro de

vez en cuando, quizás uno de su hermano y leyó unas pocas páginas. Pero sus padres la vieron y le dijeron que zurciera medias y cuidara el guiso y no perdiera el tiempo con libros y papeles. Ellos hablarían clara pero bondadosamente, porque eran personas respetables que conocían las condiciones de vida de una mujer y amaban a su hija—en verdad, lo más probable es que ella fuese la niña de sus ojos. Quien sabe si ella borroneó algunas páginas en un hatillo, a escondidas, pero tuvo cuidado de esconderlas o quemarlas. Pronto, sin embargo, antes de concluir su adolescencia, fué comprometida con el hijo de un comerciante en lanas que vivía cerca. Ella protestó que ese matrimonio le era detestable y su padre le pegó duramente. Luego dejó de regañarla. Le suplicó en cambio que no lo hiciera sufrir, que no lo avergonzase en este asunto del matrimonio. El le daría un collar de cuentas o un peticote fino; y había lágrimas en sus ojos. ¿Cómo podía ella desobedecerle? ¿Cómo podía destrozar su corazón? La fuerza de su propio dón la arrastró a ello. Hizo un pequeño paquete con sus cosas, se bajó por una cuerda una noche de verano y tomó el camino de Londres. No tenía aún diez y siete años. Los pájaros que cantaban en las orillas del camino no eran más armoniosos que ella. Poseía la más rápida fantasía, un dón como el de su hermano, por la melodía de las palabras. Como él tenía gusto por el teatro. Se detuvo a la puerta de los artistas; quería representar, dijo. Los hombres se rieron en su cara. El empresario—un hombre gordo y de boca suelta—refunfuñó. Soltó algo acerca de perritos bailando y mujeres representando—ninguna mujer, dijo él, podía ser una artista. El sugirió—pueden imaginarse qué. Ella no pudo obtener entrenamiento en su arte. Podía siquiera pedir comida en una taverna o andar por las calles a media noche? Sin embargo su genio era creador y ansiaba nutrirse copiosamente de vidas de hombres y mujeres y estudiar sus maneras de ser. Por último, porque era muy joven, extrañamente parecida a Shakespeare, el poeta, con los mismos ojos grises y las mismas cejas arqueadas,—por último, Nick Greene, el actor—empresario se compadeció de ella; Judith se encontró encinta del caballero y entonces—quién puede medir el calor y la violencia de un corazón de poeta atrapado y enredado en un cuerpo de mujer—se mató una noche de invierno y descansa en un cruce de caminos donde el bus ahora se detiene fuera del Elefante y el Castillo."

Entre las mujeres de ciencia descuella Hipatia, jefe de la Academia Neoplatónica fundada por Plotino. Fue la rama de Alejandría la que cultivó, bajo la dirección de Hipatia, el credo del racionalismo científico. Ella fue no sólo "uno de los maestros más eminentes de la antigüedad sino uno de los más capaces de los griegos de la época helénica, de ambos sexos." En física, no se adelantó nada desde Hipatia hasta Santa Hildegarda y en matemáticas hasta Descartes, Newton y Leibnitz. Escribió comentarios a los cónicos de Apolonio y a la matemáticas griegas. Publicó un Canon Astronómico que contenía tablas de los movimientos de los cuerpos celestes. El obispo Sinesius de Ptolomais "le acredita la invención de un astrolabe y un planisferio mientras que Mozans asegura que ella inventó un aparato para destilar agua, otro para medir el nivel del agua y otro para determinar la gravedad específica de los líquidos —un aerómetro como se le describiría ahora." Fue también una gran filósofa pagana y por ello unos sectarios fanáticos la arrastraron de su carro, le cortaron las venas con conchas de ostras y dejaron co-

(Pasa a la página 60)

AHORRAR
es condición sine qua non de una vida disciplinada
DISCIPLINA
es la más firme base del buen éxito
LA SECCION DE AHORROS
 — DEL —
Banco Anglo Costarricense
 (el más antiguo del país)
está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:
AHORRAR

ariel
Quincenario antológico de Letras, Artes, Ciencias y Misceláneas.
Director: FROYLAN TURCIOS
 Ap. 1622, San José, Costa Rica, América Central

Podríamos complacerla?

Yo solo no podría. A ver qué dicen los españoles e hispanoamericanos amigos de la España republicana. A ver si quisieran ayudarnos. Muy simpática es la idea de Concha Flores. Oiremos; escribánnos, que estamos listos a servir.

En otra parte de esta entrega, véanse las poesías de Galiana Aragonés.—g. m.

Villajoyosa, 26 de Agosto, 1938.

Señor don J. García Monge.

Repertorio Americano.

Distinguido señor:

He leído las poesías de Galiana Aragonés que yo le envié, debidamente autorizada por el poeta. Gracias.

De nuevo le envío otras poesías para que salgan también en *Repertorio Americano*, y al mismo tiempo le hago una sugerencia: Por qué con las publicadas y las que adjunto, no habla usted con un editor y hace un pequeño volumen, cuya recaudación sea para ayuda a España independiente; claro es que teniendo en cuenta que deben ser descontados los gastos de papel, imprenta, etc. De publicarse pudiera ponerse este título: *Con la inmensa minoría de El Dios-Poeta*. El Dios-Poeta, es Juan Ramón Jiménez, mi mejor maestro. (*Poemas en la Guerra*), con letra más pequeña debajo del título.

Deseando que cuando se publiquen me envíen unos ejemplares de *Repertorio Americano*, le saludo respetuosamente y le da las gracias otra vez,

CONCHA FLORES

Manicomio de Parais.
Casa de doña Consuelo de
Esquerdo. Villajoyosa, Ali-
cante, España.

Montalvo y su bronce

Dentro de poco tiempo, la figura en bronce de don Juan Montalvo, tangible en un busto de Mideros, el famoso escultor ecuatoriano, va a presidir el silencio de una de estas plazas bogotanas, tan quietas, tan calladas, saturadas de tanto ambiente de recogimiento, que parecen patios de cartujas.

Es esta, una nueva manifestación de cariño cierto e irrevocable adhesión, que nos hace el pueblo hermano. Con mucha inteligencia se ha escogido la estampa de Montalvo para realizar un discreto homenaje a la ciudad centenaria que, yacente en una de las más empinadas mesetas andinas, parece que recogiera todo el aliento de la intelectualidad americana, en una generosa actitud maternal.

No es posible, y sería mentecato, pretender tratar en un simple y liviano comentario periódico como éste, de Juan Montalvo, el más ingenioso, hidalgo de estos pueblos nuevos. Baste decir que, entre nosotros la calidad de su influencia espiritual corre pareja y similar, con la de aquel otro ingenio donosísimo, en cuyas geniales omisiones don Juan hallará ocasión y tema para sus maravillosos capítulos. Habitante en esta tierra de Colombia que, con profética intención Montalvo consideraba tierra suya, su busto en Bogotá, apenas puede realizar la tangible representación de su espiritual presencia que hace mucho nos acompaña. Y ningún homenaje como este de regalarle a nuestra ciudad un monumento que perpetúe la tradición de admiración que se le tiene a Montalvo, puede ser vehículo más apropiado para hacer patente y manifiesta la intensa corriente de amistad fraternal, de simpatía nunca desmentida que existe entre el Ecuador y Colombia.



Al agradecer Bogotá el donativo, sólo ha-
la para palpar su júbilo perfecto, el reparo
de que la estampa de Juan Montalvo le sirva
de decoro y adorno, por gracia de la iniciativa
de Quito y no como resultado de su propia ini-
ciativa.

(*El Tiempo*. Bogotá.)

El busto de Montalvo

= De *El Tiempo*. Bogotá 25, X, 38 =

El próximo lunes será entregado por el se-
ñor ministro del Ecuador en Colombia, doctor
Benjamín Carrión, el busto en bronce, obra del
escultor Mideros, que obsequia su país a la ciu-
dad de Bogotá. El señor presidente de la repú-
blica contestará al señor Carrión, y el señor
ministro de relaciones exteriores, doctor López
de Mesa, pronunciará igualmente un discurso.

Don Juan Montalvo es una de las figuras
más grandes de América y su nombre llena la
mitad del siglo diez y nueve. Nació en Amba-
to en el año de 1832, cuando se asentaba la
obra de los libertadores y comenzaba la vida
política de nuestros pueblos. Se educó en el
colegio de los jesuitas, en Quito, y de allí, a la
edad de diez ocho años, se fue a París en el
desempeño de un cargo diplomático. Cuando
volvió a su patria, tres años después, domina-
ba a tal punto la lengua de los enciclopedistas
que sus escritos en francés hacían gala de una
perfección acabada. Se retrajo entonces al Bos-
que de Ficoa, la casa solariega de sus padres,
y allí se dedicó por mucho tiempo al estudio de
los clásicos griegos y latinos y a profundizar
el pensamiento de sus contemporáneos france-
ses y españoles. García Moreno, el dictador
ecuatoriano, le desterró a Ipiales, donde perma-
neció seis años de pobreza y estudio entregado
a la composición de obras de la envergadura
filosófica de los Siete Tratados y de la exce-
lencia literaria de *Los Capítulos que se le ol-
vidaron a Cervantes*.

Al cabo de seis años partió a Europa y co-
menzó la publicación de su famosa obra de
polémica *El Cosmopolita*, que dio en tierra con
la dictadura de García Moreno, pues preparó
el ánimo de quienes se sacudieron su coyunda.
Nuevamente de vuelta en su país, emprendió la
publicación de *El regenerador*, enderezado con-
tra los dictadores Borrero y Urbina. Desterrado
otra vez a Europa, abandonó esta vez su patria
para no volver más. El arzobispo Ordóñez ha-
bía declarado herético su libro de los Siete Tra-
tados y Montalvo, con su *Mercurial Eclesiástica*,
había puesto en la picota al arzobispo. En Pa-
rís, dueño de un nuevo estilo que contrastaba
con el castizo de algunos de sus contemporá-
neos tacharon de arcaizante, escribió *El Espec-
tador* y *La Geometría Moral*, que es una con-
tinuación de los Siete Tratados.

Si la historia y la obra de don Juan Mon-

talvo le colocan entre las mentalidades más po-
derosas que haya producido América, su carác-
ter le da derecho a figurar entre los grandes
paladines de la libertad en el mundo.

En medio de los jardines del Parque de la
Independencia, el busto de don Juan Montalvo,
de impecable factura, se erige como un canto
en bronce a la inteligencia y a la libertad.

Entérense!

París, 5 de Agosto de 1938.

Estimado amigo:

El Comité Iberoamericano de París (1) orga-
niza una encuesta entre todos los intelectuales,
escritores y artistas de América. El total de las
respuestas, agrupadas por países nos darán un
censo aproximado de la opinión de la intelec-
tualidad americana en relación con el problema
español. Estas respuestas serán publicadas pos-
teriormente en folleto. Una cuartilla suya, del
tamaño de la de esta carta, escrita a máquina,
(o su equivalente a mano), a un solo espacio,
es el tamaño necesario. No dudamos que usted
corresponderá a nuestros deseos haciéndonos
llegar su autorizada opinión en el más breve
espacio de tiempo posible.

Le agradecemos de antemano su atención
y aprovechamos la oportunidad para enviarle
nuestros más cordiales saludos.

Por el Comité,

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ
Secretario de Prensa y Propaganda

ENCUESTA

¿Cuál es su posición frente a la guerra de
España.

Si está usted al lado de la República, ¿por
qué?

Si está usted al lado de los rebeldes ¿por
qué?

¿Qué significación tendría para América el
triumfo Republicano?

¿Qué significación tendría para América el
triumfo fascista?

¿Qué porcentaje aproximado del pueblo de
su país cree usted simpatiza con la República?

¿Qué porcentaje con Franco?

¿Cómo define y califica usted la guerra
española?

Dirigir las contestaciones a: *Nuestra
España*, 29 rue d'Anjou. París 8^o
Francia.

La primera respuesta

(Envío del autor)

Amigos:

No hay más que una posición para el hom-
bre de honor ante la guerra de España. Un país
invadido por varias potencias, traicionado por
otras; entregado a la crueldad, la barbarie y
la rapiña de moros, aventureros internacio-
nales, soldados de fortuna y descastados de toda
laya; una tierra usada como campo de experi-
mento de armas e ideas mortíferas; como labo-
ratorio de una guerra política, tiene que sus-
citar las más vivas simpatías de las gentes de
corazón.

Esto es un hecho y los hechos no se dis-
cuten. Nadie, pues, necesita *explicarse* en esta
actitud por lo mismo que la República no nece-
sita *definirse* en la suya. ¡España arrasada es
de todos los hombres con conciencia! ¡España
herida es de todos los hombres dignos! ¡Nues-
tro su dolor hasta la entraña!

Se trata, sencillamente, de gestos afines; li-
gaduras poderosas ante un peligro común que

(1) Comité Iberoamericano para la Defensa de la
República Española. Señas: 29 rue d'Anjou. París,
8^o Francia.

ya asestó la primera cuchillada. Todos estamos, aquí y allá, amenazados por el mismo cruento enemigo. ¡Cobarde ralea internacional que ataca la Democracia! A la salvación de esos principios, a la defensa de los puros ideales españoles, humanos, va nuestra lealtad colectiva. ¡Con el puño cerrado y en alto!

Nosotros pensamos: si al bárbaro grito fascista de "muera la inteligencia", ha respondido la España leal, la Única, la Grande España Mártir, con un despliegue poderoso de todas sus fuerzas anímicas —y lo anímico no es más, en este caso, que una voluntad de acción imostergable, un rayo atravesado desde la profunda tierra hasta el músculo guerrero, de lo total a lo individual, para hacer ostensible definitivamente el genio de la Libertad en el Mundo— ella solventa así una tremenda capacidad espiritual muy superior a toda ponderación. Las reservas de fe del orbe, los grandes graneros de esperanzas de la Humanidad, tienen que ponerse por ello al servicio de esta causa generosa y dadivosa hasta el sacrificio sin término.

¡La verdadera España no puede morir!

Los escritores antifascistas de Cuba, que estamos unificándonos en estos momentos en una fuerte Alianza, sabemos que gran parte del destino americano se ventila en tierra española. Esa penetración continúa en Chile, Argentina, Brasil y Repúblicas de Centro América, de los elementos adversos a la cultura, de los que van de espalda a la cultura, seguiría avanzando de modo inmediato en el resto del Continente si Franco ganase... Ya asoman su cabeza, de vez en cuando, aquí también, ciertas ideas de origen "imperial" (más "imperial" en el orden político que en el económico, aunque son sucesos pares); de origen "cesarista", por reflejo y como consecuencia del poder totalitario europeo, fenómeno que ofusca. Sólo que toda forma de esa naturaleza está, al cabo, perdida, en esta hora magnífica de la Tierra, por la propia repulsión que concita.

El pueblo de Cuba es antifascista netamente. Tenemos una buena representación cubana en los frentes de batalla; algunos héroes; algunos caídos. Y también, como es natural, dentro de nuestra propia casa, maniaguados, aprovechados y desvergonzados de todas épocas que adoran a Franco y comparsa.

¡Nuestro salivazo de desprecio en pleno rostro!

ENRIQUE LABRADOR RUIZ

La obra literaria de Víctor M. Londoño

San José, Costa Rica, Nov. 2 de 1938.

Maestro Cornelio Hispano:

Aquí tengo en mis manos su homenaje profundo y bello a Londoño. ¡Qué noble expresión de amistad, de altura espiritual!

Recorriendo estas páginas que ordenó su mano afectuosa y que ennobleció su espíritu cultísimo, evoca uno este extraño y bello sentimiento de la Amistad, dación celeste, lazo fecundo, fuente de las almas, venero de dicha en la tierra. Vibra usted en este libro de homenaje y de recuerdo a Londoño con la misma divina cuerda con que Platón cantara y viviera esta gracia.

Desde el principio del mundo alzaron los hombres "mejores", los pocos, este nardo de la Amistad. Y vienen al pronto cifras en la Historia, que deben citarse, para exaltar así a quienes rindieron culto a ella: Sócrates, cuya escuela era una amistosa plática, fué el prototipo en la antigüedad que alimentó con la mayor nobleza este exquisito sentimiento. Ya sabemos la forma en que convivió con sus discipu-

los, principalmente con el autor de "El Banquete", y sabemos cómo sintió que al morir quedaba su propio espíritu en la continuidad de sus amigos.

Juan el Bautista, en la historia cristiana, prefiere que le corten el cuello antes que ser infiel a los sentimientos hacia Jesús. Juan el Evangelista es tocado del mismo espíritu en la pura y bella narración de su Evangelio, inspirado por la más cercana y sincera amistad al Maestro.

La leyenda habla de Cástor y Pólux, de Orestes y Píldes, de Aquiles y Patroclo.

Goethe y Schiller son paradigma precioso; Emerson y Carlyle derivaron un provecho espiritual inextinguible de su amistad.

Y usted y Víctor M. Londoño refrescan la nobleza de aquellos seres, son eco feliz de aquella historia! Tanto, que el libro en que recoge usted y comenta la obra de Londoño podría titularse *La Apología de V. M. Londoño*, pues cada nota suya, cada comentario de su pluma, son pincelada maestra para dejar en la perennidad de un lienzo singular la figura amada de este hombre, en quien Apolo y la Patria estaban presentes y en quien la humanidad tenía una de sus más altas floraciones.

Maestro, y en el mes de setiembre de ese mismo 937 se adelanta Eduardo Castillo con su guirnalda de jácquanos y canta como para sí esa *pulquérrima* "Estela Funeraria".!

¡Ya Castillo está en la diafanidad en que Londoño lo esperaba! Y nosotros pensamos en Colombia, en su Colombia, como se piensa en el Urano de la mitología, o en el Helicón y se les ama a ustedes y siente uno que palpita, que vibra como una corola el corazón agradecido hacia los creadores de Belleza que son el florón de América.

Alí, en la página 299 del libro de usted, viene la ática sorpresa para mí! Y no hallo vocablo que le diga cómo me estremeció su dedicatoria al pie del busto heleno. ¡Gracias, Maestro! ¡Gracias mil veces por haberme dado su libro, por haber puesto su nombre unido al mío, por haberme puesto en la mano esta constelación de poesías de Londoño!

Muy cordialmente,

ROGELIO SOTELA

Comentario

Señor don Joaquín García Monge

Director de *Repertorio Americano*.
San José de Costa Rica.

Estimado señor Director:

En un artículo de Emma Pérez, aparecido en el número del 28 de mayo de su admirado periódico, expresa la ilustre escritora cubana que "si los odiados enemigos de España quisieran dar un recital de versos defensores de sus ideas, no lo podrían hacer en modo alguno porque carecen de poetas". Y añade: "¡Citadme un canto a Franco!"

Desde hace largo tiempo yo vengo catalogando cuanta poesía de autor hispanoamericano, sobre la guerra de España, veo publicada en los innumerables libros, periódicos y revistas que tengo ocasión de consultar. Huelga decir que la causa de Franco no puede jactarse de haber inspirado a los poetas de Hispano América.

Sólo hay dos o tres excepciones, que yo sepa: un padre agustino de Lima, don Francisco Jambrina, y un señor, de Lima también, Juan Miguel Pérez Manzanares, quien, si no es padre, debe de ser por lo menos monaguillo. Este último ha escrito precisamente, un canto al general aquél.

Emma Pérez: permítame citarle a continuación este canto y dígame si aun los turiferarios del Caudillo osarían incorporarlo a un recital.

Dígame también otra cosa: ¿ustedes no son parientes —el monaguillo Pérez Manzanares y usted? Perdón... Copio, pues, de la voluminosa edición del 17 de julio de 1938 de *El Comercio* de Lima:

AL GENERAL FRANCISCO FRANCO (Por Juan Miguel Pérez Manzanares)

Te apiado, no te canto, porque tan sólo Homero entonaría el himno digno de la grandeza con que vas restaurando, de proeza en proeza, los portentosos timbres del heroísmo ibero.

Pelayo te proclama su más noble heredero, Isabel, la magnífica, tus estandartes besa, y Carlos Quinto yergue la olímpica cabeza para admirar el temple de tu invencible acero.

Rápido, fulminante, marchas a la victoria de más vasto sentido: sentido sin segundo. E infundiéndole el soplo divino de la gloria, despiertas a tu patria de su sopor profundo y obtienes que conquiste la cumbre de la Historia, como cuando tenía por patrimonio el mundo.

Saluda atentamente al señor director, su devoto amigo,

FRANCISCO AGUILERA

Washington, D. C., 10 de octubre de 1938.

Encuesta

La propone a los escritores de América, nuestro amigo y colaborador el hondureño Arturo Mejía Nieto.

El asunto:

Deben los poetas escribir sobre política?

Queda, pues, formulada la pregunta. Cuantas respuestas nos lleguen serán acogidas. Que en buena hora vengan.

••

Buenos Aires, Octubre 20 de 1938.

Señor

Joaquín García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

Proporciónole tres respuestas de tres importantes escritores argentinos con respecto a la encuesta de que, por suerte para todos, usted se ha hecho eco.

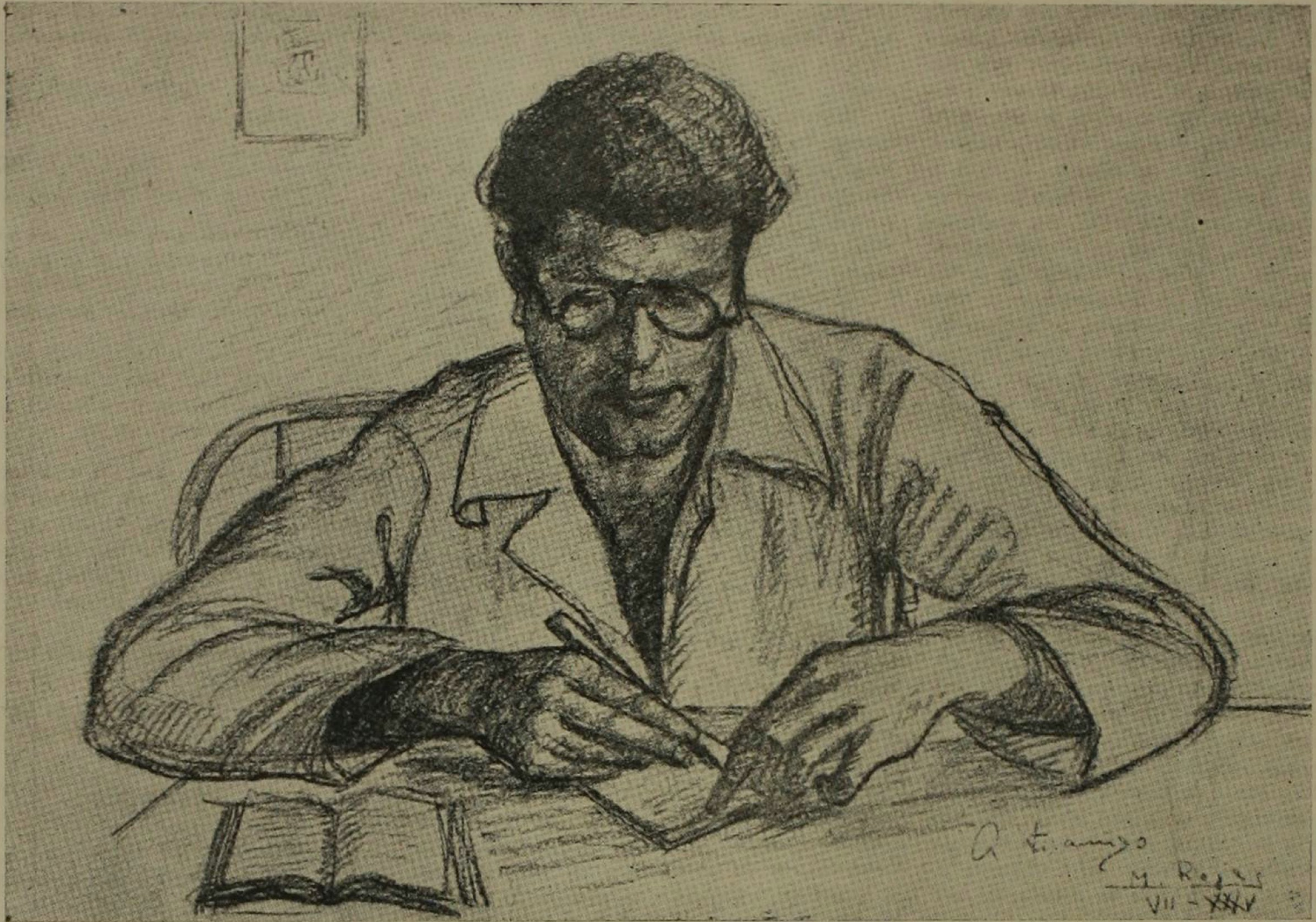
Tanto Rega Molina, como yo, volveremos a fundamentar nuestra respuesta negativa, pues hablamos no de poetas en función de periodistas, sino de poetas en función de tales. Y en esta condición, poesía y política no pueden mezclarse ya que su naturaleza misma es completamente dispar. ¿Pero es que puede existir un temperamento político dentro de la esencia poética? Bueno es no apartarse de esto al responder la pregunta.

Le abraza otra vez,

ARTURO MEJÍA NIETO

He creído siempre que el poeta —el escritor, en general— debe intervenir en los debates de su tiempo. En varios de mis libros, especialmente en *El arte y la democracia*, publicado en 1904, defendí esa tesis. Fui uno de los primeros en decir que no es posible que los elementos pensantes de un país, los más capacitados, abandonen o desdeñen la tarea de dar rumbos a la Nación. Claro está que no entiendo referirme a la política menuda, ni a las estériles controversias de ambición individual a que suele reducirse la agitación casera. Hablo de las corrientes superiores que regulan la marcha de los pueblos. El escritor no ha de vivir fuera de la atmósfera de su siglo. Si esto me

(Pasa a la página 60)



Galiana Aragonés

(Dibujo de M. Rojas)

Poesías

de GALIANA ARAGONÉS

= Envío de Concha Flores. Villogosa, Alicante, España. 26 de agosto de 1938 =

Manicomio

(A Juan Esquerdo Dale)

Un edificio grande, inmenso, muy inmenso.
Y unas habitaciones también grandes.
Y unos pasillos en zig zags geométricos,
por donde deambulan los locos y los cuerdos.

Uno es tan infinito que parece Dios.
Otro es tan púmego que parece un felpudo.
El tercero es un esqueleto viviente.
El cuarto es un feto,
y el quinto es un quinto loco, con el estómago lleno todavía
[de rancho carcelario,
porque el manicomio es una cárcel menor.

Uno juega a la pelota y distrae sus ocios.
Otro juega al billar con tres calaveras blancas, blancas...
El tercero toca el saxofón.
El cuarto toma clara con limón,
y el quinto --también un musicólogo-- toca en los platillos:
[pom-pom, pom-pom, pom-pom, pom pom...

Un loco.
Dos locos.
Tres locos.
Medio manicomio.
Un enfermero esquizofrénico,
y un practicante neurasténico.
Un barbero tumbón,
y un doctor neuropático, con jaqueca de amor.

Todos ríen y lloran en un teatro abstracto;
parecen muñecos de *guignol*,
o esqueletos, salidos de las tumbas, que van a jugar al *golf*.

Algunos montan en rucios malolientes
y practican una absurda equitación.
Otros en el jardín, juegan al corro y al alimón, y al
[alimón.

Unos lancean como si fueran toreros,
viviendo en una eterna ilusión;
que son ilusiones de trapo,
envueltas en un viejo mantón.

Un manicomio he visto,
y huyo, como el alma que persigue el diablo, no sea que
[estémos todos locos...
veloz, veloz...

Voz del recuerdo

...Y
las trenzas largas, largas...
como lluvia de luceros le caían por la espalda;
como lluvia de luceros por los pechos y garganta...
y eran manos deslizadas,
y eran manos deslizadas por balastradas románticas,
que besaban el armonio nebuloso de una flauta.

Habla... rielaba la llaga blanca de tus entrañas;
y el árbol, que está pensando en su última esperanza,
duriniendo detrás de un sauce:
"¿Por qué no estaré casada?"

Y el aire rosa del Guadarrama,
con crepúsculos de sienas, de sirenas y ruiñeños y
[hortensias con amarras,
que alumbraban los caminos con luciérnagas fantásticas,
exclamaba con un ritmo de silencio y distancias de campanas:
"¿Estás casada en mi alma?"

...Y
las trenzas largas, largas...
periscopios de ventanas,
esperaban misioneros... trovadores... caballeros... héroes
[a la antigua usanza,

para mantener coloquios heridos con agua clara...
Y una golondrina pálida, que en tu clavícula estaba,
de amor exenta, y que a ti, y sólo a ti te amaba
con horizontes de enamorada,
tenía la voz ahogada...

Canción a un poeta negro

A Langstón Hughes

"Yo también soy América"
sueña Langstón Hughes con delirios de seda;
y en tus venas de negro, de sangre negra,
llevas un romancero de color de canela.

¡Qué euritmia gigantesca
tienes en tus pupilas grandes, como quimeras,
y en tus hombros de ciclope, y en tu cuerpo de atleta,
cuántas veces cargaste, entrañas marineras!...

"Yo también soy América,
la que ha vilipendiado al negro, de miseria;
y también soy poeta...
Y he venido a cantar a vuestra raza ibérica".

Sonetillo caprichoso

Magüer miraba a tu lunar
de estrella de mar,
que en el yugal derecho
de tu boca estaba...

Mientras, mis férteos brazos
implicaban
tu sedosa espalda
de caminos de luz nimbada.

Y empecé a soñar las araucarias
de tus divinos brazos en mi garganta,
y empecé a sentir el tulipán

de tus pechos en mi boca de plata...
entonces desperté,
y en lugar de tu imagen... vi mi almohada.

**7 del séptimo mes
(Épopeya china)**

A José Estellés

Por jardines amueblados
con sueños rojos de albahaca,
cabalgan cien caballistas
de China, la milenaria.

Tienen luz en sus mejillas
de religiones fantásticas,
y un sueño... que es el crepúsculo
muerto en ambiente de lágrimas.

Como no pueden gritar,
roncas tienen las gargantas,
pues pájaros astronómicos
cruzan valles y montañas,
sembrando sauces de sangre
en sonrisas solitarias.

Como no pueden llorar,
desenvainan las espadas
contra el beso que domina
nervios vestidos de escarcha,
y un rumor de luna joven,
formo una nueva metáfora:
"¡Mientras queden corazones
China, nunca será esclava!"

Cruzan parques y museos
con pañuelos de esperanzas;
golondrinas de colores
y atracciones humilladas.
Y así llegan... como estrellas
rojas de color naranja,

los cien caballistas chinos
a los campos de batalla.
Nubes, que nublan el sol
con un paisaje de balas,
amenazan el desierto
que ruge en la Gran Montaña;
y los milagros parecen
que bailan danzas macabras,
pues de los cien caballistas,
quedan cinco... que la raza,
defenderán con la sangre
limpia, de las cien entrañas,
y pondrán en su bandera,
el oráculo de España,
y el grito: "No pasarán",
clamando mientras: ¡Venganza!
Y si pasan, morirán
antes de llegar el alba,
en un anillo de sombras
de China la sitiada,
que defiende el Univreso,
desde una sola muralla.

Esa noche la Hilandera
y el Boyero se casaban;
7 del séptimo mes,
que sueña cosas extrañas,
cuando está en el horizonte
lejano, la Vía Láctea,
contemplando la razón
de los que luchan sin armas;
entonces... en vez de lluvia,
siembra una nube de llamas
y un insomnio de planetas
que iluminan las ventanas.

Cuando despierta la Aurora,
tiembla toda la mañana,
pues ve que sólo amapolas
quedan en la tierra parda...

Y un clamor de sangre roja
sobre ruinas desoladas,
grita: Civilización...
de entierros y carcajadas.

Solicite este semanario a la Señorita
MATILDE MARTÍNEZ MÁRQUEZ
LIBROS

La Habana, Cuba. - Apartado 2070.
Teléfono Fo. 2539.

**Sonetillo con estrambote
sin rima y con ritmo**

A José, el filósofo.

Cervantes redivivo, Shakespeare no muerto,
Homero con su plétora y su plectro,
Quevedo el sátiro, sin patas de chivo y sin
[cuernos,

Washington, Washington
y el sexto
sentido de Pasteur, Ferrán, Cajal y Jenner,
Peral, Pitágoras, Bertoldo.

a) La visión del Greco: J. R. J.
b) La anunciación del pretérito futuro: F. G. L.
c) La realización de una obra exacta: R. A.
Triunviro sin triciclo y sí con autogiro,
y las margaritas de Musset y Rubén
en los campos de ayer.

Y hoy,
todo es capicúa, porque es impar:
1, 1, 1,
¿Verdad, Paul Verlaine?

Cossío

A José Ontañón.

Ya ha muerto Manuel Cossío
en su palacio serrano;
las aves, el pío-pío
no rimarán en sus cantos,
y se vestirán de negro
con etiquetas de salmos;
y las gardenias y lirios
—flores de sudarios blancos—
acompañarán su cuerpo,
camino del campo-laico.

Ya ha muerto Manuel Cossío
en su celda de ermitaño.
San Francisco, San Francisco
encarnó en su cuerpo flácido;
y, al conjuro de sus labios,
el lobo que antes Francisco
amansó ante los cristianos,
besaba su doloridos miembros
y acariciaba sus manos
de Quijote-Cristo laico.

Ya ha muerto Manuel Cossío,
espejo de solitarios;
ya para siempre finó
su tristísimo calvario;
y en el dulce santuario
beberán sangre de nardos,
y se encontrarán a Cristo
yacente, en lecho de palo,
los discípulos del sabio
y la Fama, que le besará en los labios.

¡Si ha muerto Manuel Cossío,
el de los clamores mágicos!
¡Si ya le llevan en hombros
por laberintos gitanos!
Yo quiero, madre, yo quiero
acompañarle en su ocaso;
y después, grabar allí, allí... en aquel picacho:
"Ha muerto Manuel Cossío,
el santo cristiano y laico,
que a los niños llamó hermanos".

¡Si ha muerto Manuel Cossío,
el de alamares de mago!
¡Si ya su cuerpo reposa
con cipreses funerarios!...
Yo quiero, padre, gritar,
con eco de sol muy alto:
¡Que se apaguen los luceros,
y que, con sus flores, mayo
cubra el mausoleo trágico,
y que por un solo día... dejen de cantar los
[pájaros!

Qué bien queda la estatua de Montalvo, en el Parque de la Independencia, de Bogotá, donde la admiración nacional ha querido perpetuar la memoria de sus hombres ilustres; pues si el gran "Cosmopolita" nació en tierra ecuatoriana, Colombia fué la cuna de su fama, por obra de sus primeros admiradores, Rufino J. Cuervo y Miguel Antonio Caro.

Montalvo pagó con creces esta deuda, y nunca olvidó que tan autorizadas plumas colombianas le rindieron pleitesía, mientras sus propios conterráneos—los esbirros de García Moreno—no tenían para él sino palabras de insulto, de incompreensión y de desprecio. Quiso el destino que en la población fronteriza de Ipiales, rodeado del respeto y de la simpatía unánimes de sus moradores, que trataban de hacerle llevadera la tristeza del exilio, escribiera los Siete Tratados, las Catilinarías y los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

Conocedor profundo del idioma, gran estilista, filósofo y poeta, sociólogo y moralista, poseedor de una memoria prodigiosa y de una inteligencia clarísima, vertió en sus obras toda la grandeza que albergaba en su alma y todo su anhelo de que no fueran palabras huecas la libertad y la justicia, la democracia y el sentimiento cristiano. Fustigador incansable de las tiranías y dictaduras, su pluma fué hierro candente que marcó con estigma imborrable y aniquiló para siempre a los opresores de su patria. García Moreno, Antonio Borrero, Ignacio de Veintemilla y el arzobispo Ordóñez pueden sentirse satisfechos y honrados, de haber caído a los golpes titánicos de El Cosmopolita, el Regenerador, Las Catilinarías y la Mercurial Eclesiástica.

Los Siete Tratados, Geometría Moral y El Espectador forman un arsenal inagotable de ideas, de hechos históricos, de comentarios filosóficos, de interesantes episodios, donde el lector inteligente recrea el espíritu, con la galanura del estilo y la riqueza del lenguaje. Hasta los intransigentes detractores de Montalvo tienen que rendirse ante las bellezas que encierran las páginas del "semi-bárbaro" sudamericano. "Por donde se abra este maldito libro—dice don Aureliano Fernández Guerra, refiriéndose a los Siete Tratados—se encuentra un pasaje elocuentísimo; pero qué demonio, la clerofobia está por dondequiera derramando su veneno." Por esta última circunstancia se opuso Fernández Guerra a que Montalvo fuera recibido en la Real Academia de la Lengua, como lo habían solicitado notables literatos españoles y americanos. Menuda filípica recibió don Aureliano, en el opúsculo "Un Vejete Ridículo."

Doña Emilia Pardo Bazán califica a Montalvo de "alma religiosa y pensamiento heterodoxo", y estas palabras lo embriagaron de

Juan Montalvo

Por ARCESIO ZAMBRANO

== De El Tiempo. Bogotá, 23 de octubre de 1938 ==



Juan Montalvo
(Cuando pasó por Madrid, en 1833)

Y en ese día...

En aquel cuadrado dramático que titula Méjico y publicó en El Cosmopolita, ponía en boca del Marqués de Munster estas palabras: "La naturaleza no ha criado esclavos; el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar a América." El Nuevo Mundo será algún día dueño y señor del Viejo. Tal vez... Cuando la América española, la que habla la lengua de Don Quijote, conquiste espiritualmente a la vieja España, a la España de Primo de Rivera, y consortes. Pero es que España se habrá reconquistado a sí misma. Si, España tendrá que reconquistarse desde América. España tendrá que sacudirse de sus tiranos desde América. Y en ese día el nombre de Don Juan Montalvo, el nombre del desterrado que duerme—¿sueña?—atropado en tierra francesa, —será una enseña, será una empresa y habrá que trasladarle a España, a la España que tanto quiso, y allí, en la España reconquistada, sepultar sus restos en huesa española y echar sobre ellos sendos puñados de tierra de cada una de las libres—si son entonces libres—repúblicas—americano-españolas.

(Palabras de Miguel de Unamuno en mayo de 1925. Prólogo a *Las Catilinarías* de Juan Montalvo. Garnier Hermanos, París. 1925).

Con el Administrador de este semanario consigue Ud.

Ifigenia y Las Memorias de Mamá Blanca,
de Teresa de la Parra

A ₡ 6 y ₡ 5, respectivamente. - Calcule el dólar a ₡ 5.

satisfacción. "Sí, sí, esa es la verdad, replicó el aludido. Mi alma está llena de Dios, de inmortalidad, de gloria eterna, de codicias infinitas. La manera como los hombres han dispuesto y arreglado las cosas del cielo, eso es lo que no cabe en mi pensamiento ni en mi conciencia. Unos católicos me llaman impío; otros, malvado; solamente la autora de la *Vida de San Francisco* dió en la cabeza del clavo: alma religiosa y pensamiento heterodoxo".

Don Miguel de Unamuno quiere que los restos de Montalvo vayan a reposar en España, y que en su huesa se deposite un puñado de tierra de cada una de las naciones libres, de la América Española.

La cuna de Juan Montalvo—la misma de Juan León Mera y Juan Benigno Vela—es la apacible y pintoresca ciudad de Ambato, situada en un valle encantado de la región andina ecuatoriana, que vigilan el Chimborazo y el Tunguragua, y que riegan las cristalinas aguas del Atoche. Nació el 13 de abril de 1832, y fueron sus padres don Marcos Montalvo y doña Josefa Fiallos, personas de distinción y rango. Así consta en el libro de partidas de bautismo de la Iglesia Matriz de Ambato—1831 a 1834—folio 36.

Quienes conocieron a Montalvo están de acuerdo en que es exacta la descripción que de su figura hace Rodó: "La talla procerca, relevado el pecho, enhiesto el andar, la color morena, luengo el turno del rostro; la frente amplia y desembarazada, entre la perpetua rebelión del cabello, montón de negros anillos, y el ignipotente mirar de unos ojos, donde confluían los relámpagos del pensamiento y las llamaradas del ánimo. La nariz, recta y valiente, como que daba testimonio de los atributos de la voluntad, y en las comisuras de los labios, desdeñosos y finos, se posaba aquel género de amargor con que persiste en el orgullo hidalgo, el dejo de la ingratitud y la bajeza del mundo."

Pulcro en el vestir y exigente en la limpieza y buen gusto de los objetos de uso personal. Moderado en la mesa, pero amante de las viandas exquisitas y de los vinos generosos, que tan admirablemente describe en los Banquetes de los Filósofos. No fumó nunca, porque "el tabaco, soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia la boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios."

"Quiera Dios que el último día de mi vida sea, si no el de un santo, por lo menos el de un filósofo; si no el de San Bruno, por lo menos el de Sócrates. Por lo menos! ¿Hay muerte más sublime, más santa que la de este precursor de Jesucristo? Querer morir como Sócrates sería exceso de ambición; no caigamos en soberbia, cuando estamos procurando merecer la bene-

(Conciuye en la página 63)

En elogio de José Martí

Por AUGUSTO ARIAS

— Colaboración. Quito, Ecuador, mayo de 1938 —

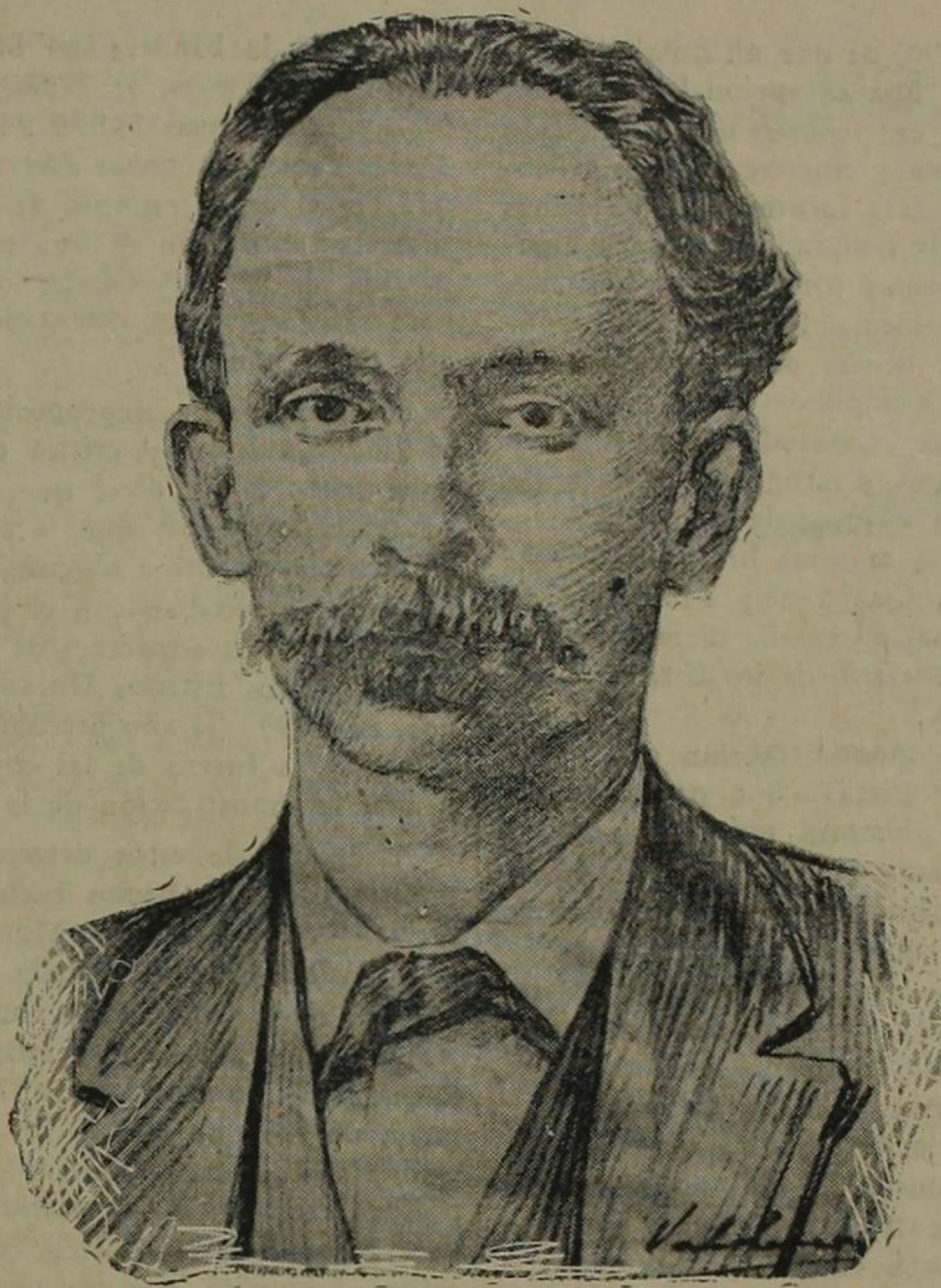
A Joaquín García Monge y Carlos Jinesta,
en Costa Rica.

José Martí, muerto el 19 de mayo de 1895 en Boca de dos Ríos, es el que no se ha ido, el que siempre vuelve. Tal como en la parábola de su existencia urgida, el Apóstol, como lo llamara Mañach en su biografía definitiva, ha podido asistir a los ciclos de revisión y consagración en los cuales, tras de la jornada primeriza de loa y enfervorizamiento, han llegado los días de penetrar en su obra para examinarla al detalle y las horas de cima para señalar su ejemplo puro como ninguno, marcado por el alto sino del sacrificio y tendido en una rara vastedad amorosa y patriótica, en la que brillan por igual el encendimiento de su palabra y el ardor de su pecho, y se relacionan, en un concierto difícil de hallar, la endeblez de su figura media de hombre americano, enmagrecido por el estudio y la vigilia fecunda y la resistencia poderosa de su brazo flacucho que levantó el fusil cuando al desembarcar con cinco cubanos en la isla revolucionada, que él quería salvar aun cuando se le alcanzase, en presentimiento, la muerte de plomo, el sueño de bronce que la metáfora homérica pidiera para sus héroes, al vislumbrar, premonitivo, la liberación de la Gran Antilla, al plazo de su holocausto, dijo en breve giro, mientras sus ojos de avellana oscura se refugiaban, por la postrera vez, en el lento abanicarse de la palmera: "Veo claro el camino".

Tres años después de que la bala hispánica impusiera un silencio físico a quien siguió hablando, con su voz caliente de inflexiones removedoras, ya se pudo escribir, sobre los vientos del Caribe, la palabra vibrante: Cuba libre, mientras en la Península, como lo apuntaba Gómez de Baquero, la pérdida geográfica de los últimos reductos antillanos, sacudida y desmoranamiento, originaba un ansia de interpretación y de reforma, surgía un espíritu cívico y el problema histórico de la decadencia española, adquiría un nuevo interés dramático, del cual derivó el sentido general de los ensayistas del 98.

Aquel que había dicho: "los que tienen Patria que la honren, los que no, que la conquisten" y que viene, como la mayor parte de los hombres americanos, de raíces españolas, siente, en la pronta iluminación del predestino, el afán filudo, por lo que punza y acicatea, de salvar a su Patria, de conquistarla mejor, de ennoblecirla. Acaso también, como el surco de Rodríguez en el alma tempestuosa y lírica del Libertador caraqueño, impresionarse en el Martí niño las enseñanzas de su maestro Rafael María Mendive, cuya prisión, por las ideas revolucionarias que aleteaban en su espíritu, deja un rezago de tristeza en el pensamiento del catecúmeno que sabe regresar de la escuela en busca de la caricia de la madre y en cuya cabeza demasiado grande para su vida de siete años, alienta no sé qué gravedad anticipada, esa quizá de la idea precoz que suele confundirse con la timidez y que en Martí se fija en una silenciosa actitud, casi revestida de dulzura. Escribe entonces en la pizarra cuadrangular sus primeros garabatos. Más tarde, tal vez con alguna evocación de su niñez, compendrá los versos infantiles del *Ismaelillo* y ha de fundar, sobre todo, *La Edad de Oro*, revista para los niños, resucitada después por ese gran martillolatra que es García Monge. Las almas de seda han de

(Pesa a la página 61)



José Martí

Dibujo de Valderrama

Martí, político monetario

Por RAUL MESTRI

— Colaboración —

La Habana, 31/10/938.

Señor don Joaquín García Monge,
Apartado Letra X.
San José, Costa Rica.

Mi ilustre amigo:

Tengo el gusto de enviar a usted —para su publicación en el Repertorio si usted lo tiene a bien disponer así— copia de un artículo mío sobre Martí, político monetario.

Se trata, como usted verá, de un problema de la biografía martiana recientemente sacado a luz. Presenta, en primer término, el interés de todo lo que se refiere a Martí. Pero, además, tiene este asunto la importancia intrínseca de ofrecer una nueva comprobación —a más de las innumerables que ya existen— de la clarividencia martiana frente al "pan-americanismo", como pretexto para maniobras político-nacionales.

Espero que usted —cuya devoción martiana es uno de los hechos más eficaces de la hora cultural hispano-americana que vivimos— acogerá con simpatía y benevolencia mi modestísimo trabajo— mero comentario de divulgación y síntesis de la investigación original de Márquez Sterling.

Aprovecho gustosísimo esta oportunidad para reiterarle mi agradecimiento por el periódico envío del Repertorio, que ha llegado a ser —justamente— el plato indispensable en la buena dieta intelectual de estas latitudes.

Con gracias anticipadas, se reitera su muy aff. amigo y s. s.,

RAUL MAESTRI

S | C. Línea 203 altos.
Vedado, Habana, Cuba.

El discurso de ingreso a la Academia de la Historia del doctor Carlos Márquez Sterling, significa un acierto, no sólo por su propio contenido, sino antes que nada por el tema mismo. La mera enunciación de su título, *Martí y la Conferencia Monetaria de 1891*, recuerda —con la provocación de un reto— uno de los capítulos más radicalmente ignorados hasta ahora de la biografía martiana. Estamos todavía en el trance del acopio de todos los elementos indispensables para la integración definitiva de esta biografía. Pero, en cuanto alcanzo a ver, pareceme que la erudición martiana, la *martilogía*, que por fortuna recluta cada día nuevos y más valiosos cultivadores, se ha hecho ya plena conciencia de los obstáculos que ha de salvar, de los cabos sueltos que le importa unir. No así en cuanto al problema que, por vez primera, plantea y desarrolla el doctor Márquez Sterling. Diríase que el flamante Académico nos ha hecho una revelación, por cuanto la bibliografía martiana no parecía haber sospechado hasta este momento, las varias implicaciones que surgen en torno a la intervención de Martí en la Conferencia Monetaria de Washington de 1891. De ahora en adelante, esta bibliografía no podrá pasar ya por alto tan interesante extremo.

Al historiador y al crítico literario toca, en primer término, la apreciación del trabajo de Márquez Sterling y su mejor aprovechamiento para el acervo martiano. Martí no fué, ciertamente, un economista. Hace años, el doctor José Pérez Cubillas publicó su conferencia *Martí, Economista y Sociólogo*, de cuya lectura se derivan, entre otras, la conclusión que consignamos, a despecho de la tesis contraria implícita en el título. Por supuesto: nada de eso es incompatible con el hecho, evi-

dente de puro obvio, de que un hombre como Martí, dotado de una excepcional ilustración y sobre todo de un temperamento acuciado por la más legítima y universal de las curiosidades, se informara e informara a los demás de tal o cual cuestión económica, y que en algunas de estas ocasiones concretara su posición teórica frente a problemas básicos de la economía. La colección de las obras completas de Martí abunda en ejemplos.

Permítaseme que, siguiendo el hilo vocacional de mis lectores, y recogiendo el estímulo de la investigación pionera de Márquez Sterling, trate —con la máxima brevedad del caso— de situar la Conferencia Monetaria de 1891, y la participación en ella de Martí, dentro del proceso monetario de los Estados Unidos en el siglo XIX.

La pugna entre monometalismo oro y bimetalismo (oro y plata), que parece cubrir tan cabalmente la historia monetaria de los Estados Unidos desde el *Mint Act* de 1792 hasta el *Gold Standard Act* de 1900, no es en realidad otra cosa que el reflejo doctrinario-político de la lucha económica más fundamental que se desarrolla entre deudores y acreedores, partidarios los primeros —aunque en grados y formas diversos en las diversas situaciones— de la inflación monetaria, y los segundos de una moneda de alto poder adquisitivo y de franco curso internacional. Esta lucha económica asume, en ocasiones, caracteres de guerra política, por obra de la localización geográfica, perfectamente diferenciada, de los grandes núcleos de acreedores y deudores: los primeros, en los Estados del Este, los segundos, en los Estados del Oeste, Centro-Oeste y, en parte, del Sur. Además, entre el Norte y el Sur ocurre la diferencia característica en cuanto a la política social y de comercio internacional.

En los años de la Guerra de Secesión se produce el fenómeno decisivo de la introducción del papel-moneda: en 1862, los *green-backs*, cuyo reembolso no ocurre hasta 1879, y en 1864, la emisión de billetes de los Bancos Nacionales. Interviene de este modo en la problemática monetaria, al lado del oro y la plata, un tercer factor, el cual, unido al posterior desarrollo del cheque y de los otros medios técnicos de pago, habría a la larga de influir poderosamente en el desenlace de todo este proceso monetario.

En 1873, el bimetalismo queda abolido como régimen monetario oficial, aunque en realidad hasta cinco años después se opera sobre la base de una moneda fiduciaria de papel. La mencionada fecha es particularmente importante por cuanto alrededor de la misma tiene lugar la desmonetización de la plata en escala verdaderamente mundial (en Alemania, los países de la Unión Latina, Holanda, España, los países escandinavos, etc.), y comienza, en razón principalmente de la apreciación relativa en el valor del oro, una larga crisis deflacionista que se prolonga hasta 1896. Las Conferencias Monetarias que se celebran en París en 1878 y en 1881, y en las que pusieron grandes esperanzas los *platistas* americanos, no logran detener el curso de la coyuntura monetaria.

En 1871, se descubren los grandes yacimientos de plata de Nevada y otros Estados, lo que naturalmente da nuevos alientos al partido *platista*, que por otra parte ve con terror acercarse la fecha de redención de los *green-backs*. En estas condiciones, y contando como efectivamente cuenta hasta 1898 con una mayoría adicta en el Senado de la Unión, el partido del *dinero barato*, que enarbola con

entusiasmo la bandera del bimetalismo, logra imponer dos leyes, la *Bland Allison* (1878-90) y la *Sherman* (1890-94), de la primera de las cuales ha dicho con razón Bamberger que "es el único ejemplo de una ley que dispone la fabricación de una moneda, no en la medida de las necesidades del público, sino para satisfacer a los detentadores de un *stock* que no se vende."

No corresponde al propósito de este artículo, la exposición y crítica del contenido de estas leyes. Baste decir que ambas significan sendas transacciones que, a tiempo de no satisfacer plenamente a ninguna de las partes interesadas, gravitaban con el peso de una obra muerta sobre la estructura de la economía monetaria de los Estados Unidos. De todos modos, en 1891 (el año precisamente de la Conferencia) la fuerza de las cosas obligó a suspender la monetización de la plata.

A la luz de estos desarrollos —que por nuestra parte no hemos hecho más que enumerar— la Conferencia Monetaria de Washington de 1891, convocada a virtud de un acuerdo de la Conferencia Inter-Americana celebrada poco antes en la misma ciudad, y en la que participó Martí como Delegado del Uruguay, no fué sino uno de los intentos del partido *platista* para viabilizar el triunfo de su política. Kemmerer —autoridad monetaria de superlativo relieve— dice: "el término *bimetalismo* significó siempre en las plataformas políticas, bimetalismo internacional".

Martí parece haber sido, según puede deducirse fácilmente del Informe que presentó a la Conferencia (incluido en el tomo IX de la edición original de Gonzalo de Quesada), partidario doctrinal del bimetalismo. Sus argumentos al respecto quedan invalidados por el curso ulterior que, de hecho, tomó la cuestión del oro y la plata. Los descubrimientos de las grandes minas de oro de fines de siglo XIX niegan la "insuficiencia de la cantidad de oro conocida y probable", de que habla Martí en su Informe, como igualmente niega la experiencia conocida la tesis de Martí de la "de-

terminación de los pueblos a no aceptar por substancia monedable la que no tenga valor constante y propio, aparte del valor legal del cuño."

Martí era bimetalista, posición que el porvenir inmediato a él había de superar. Pero su bimetalismo era internacionalista. En la Conferencia de 1891 advirtió el peligro de un ensayo desesperado del bimetalismo pan-americano. De aquí sus alusiones a "los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la reconstrucción nos mantienen abiertas sus cajas", esto es, los pueblos de Europa; sus admoniciones en el sentido de que "toda alteración en una especie de moneda que sirve para comerciar se ha de hacer en acuerdo con los países que comercian con la moneda de esa especie", y "jamás pudiera llegar la locura de una nación hasta prescindir, al fijar la moneda que le sirve para tratar, de las naciones con que ha de hacer los tratos". En el bimetalismo pan-americano, o en cualquier otro arreglo monetario de carácter exclusivamente continental, Martí veía con admirable lucidez un perjuicio económico —y por vía del mismo, un perjuicio político— que amenazaba a las naciones americanas que llevaba en el corazón. En este punto, su talento pisaba terreno absolutamente firme. Y fuera empresa seguramente fecunda, hasta ahora al menos no ensayada, plantear, a propósito de este problema técnico-monetario, el ideario de Martí sobre la mejor política económica latino-americana frente a los Estados Unidos y dentro del marco de un mercado mundial, relacionado todo ello con su filosofía política e histórica.

De cómo Martí, político monetario bimetalista, colabora decisivamente al fracaso del proyecto bimetalista a que respondía la Conferencia de 1891, y de las incidencias que a lo largo de todo esto se producen, se informará el lector interesado, cabal y deliciosamente, en la narración de Márquez Sterling, que ha llevado a su discurso académico toda la vivacidad de la moderna técnica biográfica, de cuyo afortunado cultivo viene dando reiteradas pruebas.

Un imperativo de justicia, que gustosamente obedezco, me impediría cerrar este comentario, sin formular el explícito encarecimiento que merec el discurso de contestación al del recipiendario, obra modelo de su género, de la que es autor el Académico doctor José M. Pérez Cabrera.

*En la ciudad de Nueva York
consigue usted este semanario*

con G. E. STECHERT & Co
31-33 East 10th Str..

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

Nieto Caballero, rector

— Editorial de *El Tiempo*. Bogotá, 11 de octubre de 1938 —

De los tres nombres pasados por el presidente de la república al consejo universitario —Luis López de Mesa, Belisario Ruiz Wilches y Agustín Nieto Caballero— para integrar la terna de candidatos a la rectoría de la universidad, el consejo escogió al doctor Agustín Nieto Caballero. Cualquiera de los otros dos hubiera sido, como Nieto Caballero, la personificación de la inteligencia y del entusiasmo apostólico por las empresas culturales al frente del más alto instituto de la república. López de Mesa ha servido con devoción ejemplar a las letras y a la educación colombianas desde la cátedra, el libro y el poder ejecutivo. Ruiz Wilches ha sido un sabio profesor, cuya obra científica, que se ha impuesto más allá de las fronteras patrias, se impone al respeto y aplauso de nuestros compatriotas. Tanto el doctor López de Mesa como el doctor Ruiz Wilches sirven hoy al Estado, el uno como ministro del despacho y otro como director del Instituto Geográfico Militar. Faltaba Agustín Nieto Caballero, no obstante que su posición al frente del Gimnasio Moderno podría considerarse como puesto directivo de una obra eminentemente nacional. Al solicitar sus servicios la universidad, lo ha hecho en la confianza de que, una vez más, le robará a la escuela que él fundó hace ya veinticinco años, el tiempo que ella le reclama, para colaborar con el Estado en la gigantesca labor de darle nueva vida al primero entre todos los institutos colombianos.

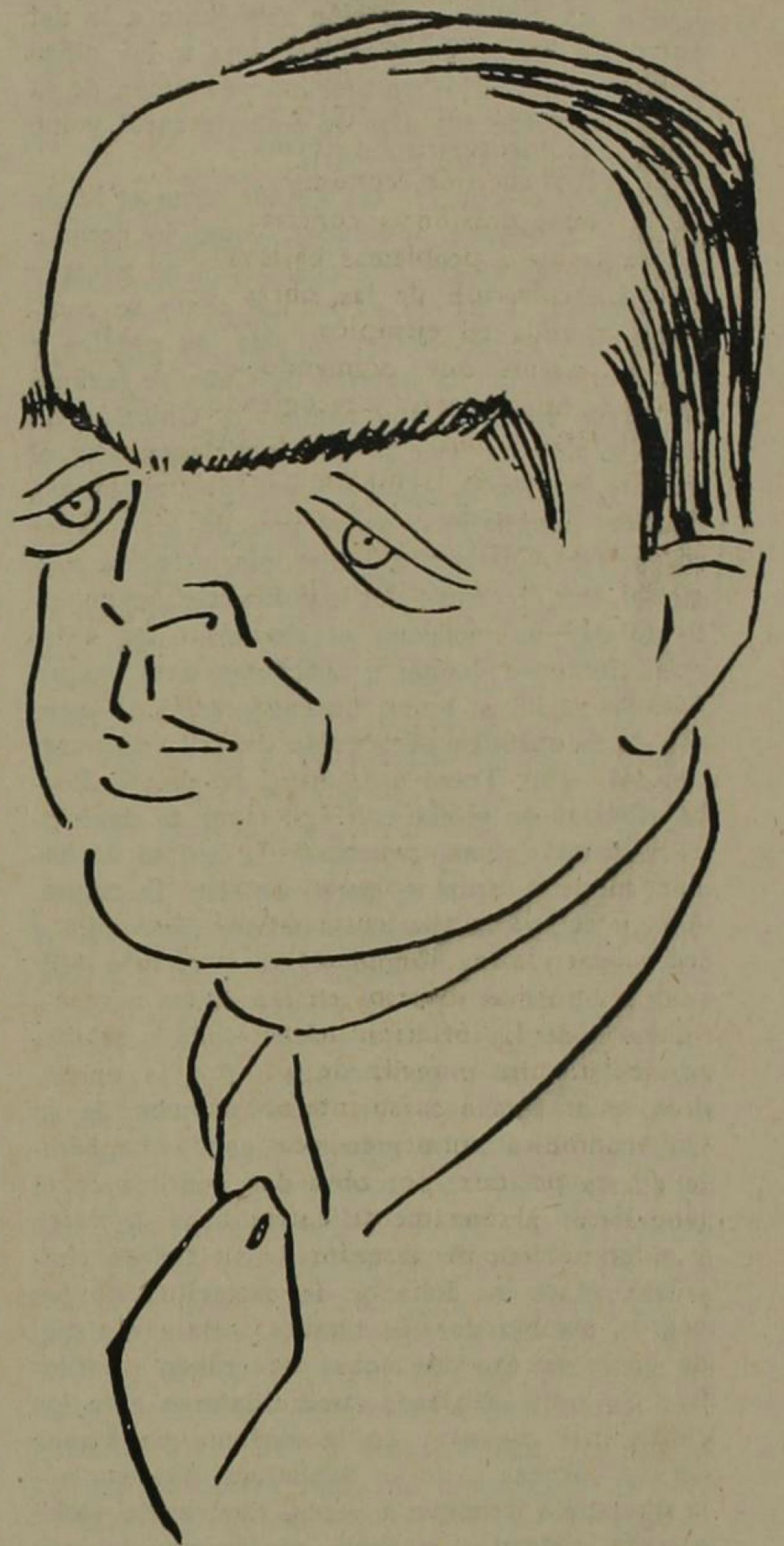
Con Agustín Nieto Caballero la universidad tendrá al frente un capitán del espíritu, un hombre de fe, un realizador eminente. Nadie como él ha movilizó a las altas clases sociales para interesarlas en la fundación de una escuela. El Gimnasio Moderno representa el triunfo indiscutible de un hombre que obligó a sus conciudadanos a dotar con largueza un instituto cuya única divisa fue la de reformar los viejos métodos educativos para darle al estudiante nuevas oportunidades, y más sólida formación personal. Quien así pudo arrancar de la indiferencia a las gentes, quien logró crear una mística —como ahora se diría— de la escuela, es más capacitado que otro alguno para redimir a la universidad. Porque lo que la universidad necesita es un propulsor animoso, un batallador infatigable, que críe la preocupación de la universidad, que imponga a la opinión pública este viejo tema sacándolo de las consideraciones literarias para colocarlo en primer término entre las cuestiones vitales que debe resolver el país.

Dos ejemplos, entre muchos, pueden presentarse a la consideración de los universitarios como prueba de la eficacia y el entusiasmo de Nieto Caballero: el Gimnasio Moderno y la colonia de vacaciones de Pacho. Del Gimnasio han hablado largamente cuantos entienden en achaques de educación, y su existencia misma es un hecho tan protuberante y honroso que no necesita comentarios. Menos conocida del público es la obra de la colonia de vacaciones de Pacho, realización admirable que viene a prestar el servicio más oportuno a los niños que necesitan de un descanso para rehacer sus orga-

nismos gastados. Esta colonia de vacaciones es fruto de una labor de más de veinte años. Dedicándole a ella buena parte de sus recursos personales y dinero recogido de donaciones particulares, logró Nieto Caballero hacer algo que admiran los visitantes extranjeros como de las más bellas obras educativas de América.

Tenemos la firme convicción de que Nieto Caballero será para la Universidad algo así como lo que fue Joaquín V. González para la Universidad de La Plata, en la Argentina. Tiene Nieto Caballero una vasta cultura, ha recorrido a todo lo largo de su fecunda vida entre los medios más cultos de América y de Europa, conoce cuanto es dable conocer hoy en materia de educación. Pero por encima de su ilustración está su espíritu. Transplantada a la universidad la energía creadora que ha realizado verdaderos milagros en otros sectores de la educación, tendrá la universidad el aliento vivificador que reclamaba. En vano se esforzarán los legisladores en dictar elaborados estatutos para revivir en las aulas el entusiasmo de los tiempos de Ancizar y los Pérez, de Zapata y de Camacho Roldán, si no encuentran hombres dotados de ese feliz impulso que requieren las grandes reformas.

Día memorable será el de hoy en el calendario de la universidad, porque el desconcierto y la angustia, la vacilación y la desesperanza que venían sirviendo de telón de fondo a la pretendida crisis de la universidad, van a resolverse en el principio fecundo de la acción. Ahora, si con buena voluntad y ánimo cordial se aúnan las voluntades del profesorado y de los estudiantes para abrirle camino a la universidad nueva, habremos doblado el cabo de la duda para enfocar resueltamente un futuro brillante para la cultura colombiana.



Agustín Nieto Caballero

Visto por Rendón

Una paradoja y un remedio

Por AGUSTIN NIETO CABALLERO

— De *El Tiempo*. Bogotá, agosto 13 de 1938 —

“Necesitamos de urgencia diez mil maestros”, oímos decir cada vez que un patriota desvelado dedica su insomnio a exteriorizar, para ilustración de sus conciudadanos, sus preocupaciones cívicas. Y cada vez que el grito de alarma se da, vemos desfilar por las oficinas públicas de la Educación Nacional, Departamental y Municipal, a centenares de maestros sin empleo que acuden a enrolarse en aquel ejército de los diez mil cuyos cuadros están por llenar.

El Municipio les dice a los ilusionados postulantes: Diríjanse a la Nación. Nosotros sólo estamos obligados a edificar las escuelas que nos ordene un acuerdo del concejo. Van a la Nación—al Ministerio de Educación—y la Nación les dice: Nosotros formamos a los maestros en las normales creadas por una ley, y repartimos los útiles de enseñanza, pero no nos incumbe nombrar los maestros de las escuelas públicas; ésta es prerrogativa de la Gobernación del Departamento. Van al Departamento, y en la dirección de educación se les replica: Nosotros no podemos nombrar maestros para escuelas que no ha creado una ordenanza; acudan ustedes a la asamblea. Van a la asamblea y los diputados completan finalmente la información melancólica: Estamos enterados, expo-

ne cada uno de ellos, con el índice en la frente, de que de los niños de esta sección del país sólo la mitad recibe instrucción y sería por lo tanto necesario doblar el número de nuestras escuelas, pero el presupuesto no nos permite hacer semejante erogación. La sola exigencia del sueldo mínimo de \$ 40 es ya una quimera inoperante.

Regresan entonces a su inestable punto de partida, los tan buscados servidores públicos, con el conocimiento de la extraordinaria paradoja: Se necesitan diez mil maestros, pero no hay en la actualidad una sola escuela en donde haga falta un maestro.

¿Qué remedio hallar para tamaño despropósito? Quinientos mil niños tenemos en las escuelas y quinientos mil fuera de ellas. No es éste, en efecto, un dato que pueda dejar impasible a un pueblo culto.

Nos atrevemos a pensar que una solución podría encontrarse. Resuelva el congreso obedecer estrictamente la obligación legal de dedicar el 10 por 100 del presupuesto nacional a la educación, y destine los dos millones de margen que aun quedan a crear escuelas nacionales en todos los sectores del país. Una construcción barata, casi de emergencia, una dotación modesta, y un decreto de nombramiento

Con la CENTRAL DE PUBLICACIONES S. A.
Avenida Juárez, 4. Apartado 2430. México
D. F. México. Tels. Eric. 2-59-75 y 20-838
Méx. L-94-30, consigue Ud. este semanario.

traña, inmunes, con una voluntad de caricia franca, en alguna expresión semejante a la del autor del *Ismaelillo*. Gabriela ama a los niños y suele convocarlos para el nuevo sermón de la montaña, desde sus días de maestra rural, como en la Edad de Oro de Martí.

El Martí escritor es tan grande como el héroe cívico. Ya quedan apuntadas, como lo permite este vuelo de elogio, sus cualidades de poeta y de prosista. Y ha de advertirse como se compenetran y se relacionan su vida, su prédica y sus escritos. Por la libertad de Cuba se levantó la mayor parte de sus páginas y Ghiraldo ha dado a uno de sus libros, justicieramente, el nombre de *Patria*. Trabajó por delatar la expansión imperialista, acaso uno de los primeros en este Continente. Fuese, sin intención magistral, por el campo del maduro aleccionamiento de que ha menester el ciudadano de América. Compuso cantos y anécdotas para los niños. Se rindió al amor, buscando para el corazón de la enemiga perseguida, las flechas aureas del verso. Trazó un ensayo de novela. Bordó crónicas de viajes con ágil tacto de descripción. Sostuvo, como precursor, la lealtad de hallar motivos propios para nuestra literatura. Amó y cultivó la lengua castellana. Defendió a los pobres y a los humildes y su fibra más delicada hubo de latir por la tristeza de los negros... "Cuba ñáñigo y bachata—Haití, vodú y calabaza—Puerto Rico, burundanga... Por la encendida calle antillana—Va Tembandumba de la Quimbamba—Rumba, macumba, candombe, bambula", comenzarían a cantar los negritos en el tono nasal al que dá salida su boca de rojez y al que acompaña el gesto de su faz de chocolate. Martí se dolía de la esclavitud de los negros, sombra para la sombra. ¿Bajo esa piel de betún se esconde acaso un cráneo marfileño? Su nariz achatada suele dilatarse ante las flores más niveas y en la sinfonía en blanco de sus córneas y de su dentadura, hay esa nota que suele irrumpir a veces, fina, en la noche cerrada. "Martí y el negro representan lo más profundo de la inspiración cubana. Los dos son la protesta ardida. Hernández Catá escribe una mitología de Martí y poemas negros", apunta Luis Alberto Sánchez. Martí se dolía, en uno de sus artículos de Madrid, del negrito Tomás, sentenciado político a los once años, y encarcelado. Y gritaba su voz contra los opresores de la cubanidad de color: ¡Miserables!. En la Edad de Oro, trazaba para los niños, un cuento que abraza: *La Muñeca Negra*. Entre los colaboradores de su gesta, Máximo y Juan Gualberto Gómez, hay uno, de la más extraordinaria decisión, valiente y sagaz. Ese es Antonio Maceo, el general negro un "Ayax tallado en ébano y de terciopelo el ademán y la palabra". (*)

La prosa de Martí, nervuda y suscitadora, conmueve. Corre, sin dificultad por el cauce castellano, pero suele, a veces, esmaltarse con los colores de los campos aborígenes. Lleva grito y sonrisa. Constrúyese en flexibilidad nueva y su giro, sin destruir la arquitectura purista, asalta en ocasiones con un agraciado antiacademismo que se marca en la libertad del léxico. Es personalísima. No se le parecen ni las de Montalvo o Varona y cuando se ha querido compararla con la de Rodó, hemos pensado en el plasma en cierto modo romántico de Martí, contagiador de entusiasmo y en el arielismo sereno, casi marmóreo a ratos, aun cuando también supiese enoender, pero con tranquilidad llama, del prosista de los *Motivos de Proteo*.

Con fibras humanas, de libertad y amor, se han tejido sus artículos. "El poder no es más

que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia" escribirá rotundamente. "Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la Patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte y nacerá una serpiente de un huevo de águila", trazaba con su canutero nómada en Nueva York. "El mundo tiene dos campos—estampaba sobre la cuartilla—Todos los que aborrecen la libertad, porque sólo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad y la quieren para todos, están en otro". "Cuba, futura universidad americana", era su exclamación de augurio y de confianza.

"Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta", afirmaba el amoroso. "Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar". Y dejando quizá que se cuajara la lágrima, corazón adentro, reconstruía esa anécdota del héroe modesto, del gallego Pablo Insúa, comenzando por su retrato, más anímico que físico: "De cuerpo era pequeño, combo y cargado de canas. En su hablar había pena, como quien lleva en sí la de los demás. Su muerte fue muy bella..." Insúa, en la guerra cubana y como supiese que había un hogar sin jefe, sólo con mujeres y niños desvalidos, sin advertencia de nadie, ansioso y fatigado, corrió para llevarles alimento. Había mucha nieve. Cruzó por la calle helada con la mano en el corazón. Subió muy de prisa. Dejó el auxilio y luego, como huyendo de los agradecimientos, regresó, para subir, veloz, la grada del ferrocarril. El corazón del gallego combo y cargado de canas, había fallado. Y cayó Pablo Insúa, sobre la nieve, muriéndose por el dolor de los que han hambre de pan y de justicia.

Este también, el Martí escritor, polifacético. "La poesía no es el canto débil de la Naturaleza plástica—dice relacionando su lirismo con el cuerpo de su propia lucha—; esta es la poesía de los pueblos esclavos y cobardes". Y cuando en México escucha al músico White, se eleva en esta proposición de cabología: "El color tiene límites; la palabra, labios; la música, cielo. Lo verdadero es lo que no termina y la música está perpetuamente palpitando en el espacio. La música es el hombre escapado de sí mismo; es el ansia de lo ilimitado, surgida de lo limitado y de lo estrecho, es la armonía necesaria, anuncio de la armonía constante y verdadera". Y siempre del lado de la enseñanza y de los niños, sus libros están cuajados de reflexiones parecidas a las siguientes: "Los niños son la esperanza del mundo. La educación empieza con la vida y no acaba sino con la muerte. Debe ser obligatorio el servicio del maestro, como el del soldado".

Mañach ha retratado a Martí y de la fisonomía espiritual y corpórea del Apóstol hay, entre otras, una lograda semblanza en el José Martí de Carlos Jinesta. Grave y lírico a la vez era ese libertador, y no amenguaba su raíz niña, aún en las madureces de su mediodía. De la frente despejada huía la melena riza, según la imagen de Mañach. En el semblante pálido, hundíanse los ojos, casi oscuros de lejos y de cerca del color de la avellana. Ojos algo distantes hacia las sienes. Bajo la nariz recta un negro bigotillo de mosquetero. La estatura pequeña y el busto brevemente agobiado. Síntomas de alguna dolencia sin declararse en sus ademanes nerviosos, sucesivamente violentos o fatigados. La voz débil, sin promesa de herir, pero creciente a medida que hablaba, subyugando. "La fascinación arcangélica de Martí—evocaba Concha Meléndez—actúa en cuantos se le acercan, nubla los límites precisos, mientras quedan sin definir los valores más firmes de su producción literaria". Y asegura Tejera que

el que "no oyó a Martí en la intimidad, no puede darse cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana". Se ha dicho que las mujeres le admiraban "por su verba fluida rica en todos los matices de la insinuación, por su galantería y su risa de cristal". Y acaso también por la aureola de su fama y la tenacidad de sus ojos magnéticos. Pero en los avatares amorosos de Martí, no hay el día, de sorprenderse sin buscarlo, del encuentro perfecto. Puede que anduviera el proscrito, eligiendo y dudando, detrás de la mujer que fuese imagen y semejanza de su sueño. Y ella no fue ni Blanca de Montalvo, rubia y de color nevado; ni Concha Padilla que hubo de conmovirlo con los encantos del arte; ni María García, quinceañera guatemalteca. Ni halló tampoco el parecer afín o el dulce equilibrio en Rosario de la Peña, aquella que arrancó del mexicano Acuña la elegía erótica tan conocida, antes de que emprendiera para nunca en el viaje romántico de la desesperación: "Pues bien, yo necesito decirte que te quiero..." Martí, el amoroso, lo han dicho sus biógrafos, escogió la esposa con una suerte equivocada. Y así, su vida en predestinación para el vaivén de los combates, hízose más sin fijez, pues que el poeta del *Ismaelillo*, cargado de ternura, no había de conseguir de cierto el regazo que la fatiga reclama y anhela el corazón sin tregua del agonista.

Sus últimos días fueron los de Costa Rica. Cuando preparaba el empuje final para caer en la isla con Guzmán Blanco y Antonio Maceo, a la cabeza de los emigrados que merecieron la hospitalidad de la hermosa tierra costarricense y merecieron la tristeza de su patria distante con el afecto de "los hermanitos" como los cubanos llamaban a los josefinos. La decisión de Martí había llegado a la hipérbole: "Si me dan diez mil pesos para la revolución,—decía—salgo desnudo en mulo". Entre una nublada de presentimiento, cerníase, para él, la luz que tanto había perseguido. Podía abandonar allí su pertinaz empeño y ya quedaba hecho lo bastante con la organización de fuerzas y, sobre todo, con la directiva conquistadora del pensamiento. Pero quería llegar él mismo, y combatir, como en los tiempos heroicos, aun cuando le asaltase la idea de que moriría. Con Máximo Gómez y cuatro compañeros, saltó en la isla. Los demás, pocos y mal armados, llegaron con distancias. Nos caemos riendo, dice en su postrer epistolario, cuando marcha a salto de breña. Y esos eran los últimos episodios de su angustia, nunca restañada. De su angustia fértil, en creciente, consona ya y que de habérsela quitado, frustraría la gloria y hasta la paradójica alegría de su camino. No se le aparece la muerte con el terror desconocido de la sombra, ni como el latigazo de la tragedia. A lo largo de sus páginas hay para ella si no las vehemencias de un llamamiento, la fuerza masculina, carne de la naturaleza, de una tranquila y a veces gozosa aceptación. De tal modo Martí va hacia la muerte, sonriendo y casi cantando. Ha de recibirla, además, de pie y en el mismo campo que quiere libre para los suyos. Martí no vuela al poder como el hombre mediocre, levantadas las alas del chaquet por un aire vanidoso. Llega, al lado de los vencidos, en traje de campaña, con vestido azul, oscuro sombrero y alpargatas. Jinesta ha reconstruido el diálogo imaginario, vital y simbólico, de sus postrimerías: "Marchemos a la victoria compatriotas—Y los soldados: tú a la gloria, Martí—Y placenteros: vamos a morir—El Maestro prodigioso de visión: para vivir". Martí arengó a los voluntarios. Ellos iban fervidos. Y en Boca de los Ríos cayó el Libertador con el fusil en la

(*) Jorge Mañach. *Martí el Apóstol*. España. Calpe. Madrid. 1935.

En elogio de...

(Viene de la página 57)

afirmarse en el amor a los niños. Así el cubano cuyo poemario a Pepito tiembla en el enternecimiento varonil de la raíz sobre la cual se mece el retoño y sabe frutecer en un sentimiento de advertencia y caricia, distante del adivinado temblor que surtió de la carta montalvina de un padre joven. El que dijo, acendrado de pureza, "como un niño me voy limpio a la tumba", no encontró, en la novela precursora de Manuel de Jesús Galván, el *Enriquillo*, figura más atractiva que la del cacique Huarocuya en sus años de infancia y de aquel relato dominicano, fuerte en la presencia de los personajes indígenas y en la historia de la conquista, que fuera elogiado por Martí en una de sus cartas inolvidables, aprovecha para la *Edad de Oro*, de un episodio que magnifica con su imaginación y anima con el patetismo de su entraña: el del Padre de las Casas que viajando entre los indios, sin arcabuz que truene y abra rosas sangrientas en la carne prieta, va solo con los brazos abiertos y en viendo a Guarocuya infante, le besa en la carita bronceada. Símbolo, además, del Enriquillo, el cacique que va de niño a hombre como para que no se perdiese la transparencia bondadosa de aquél, con un beso del Padre de las Casas.

Pero la vida de Martí, acrisolada en un perenne encendimiento de amor, no será fija y estable. No ha de reposar el discípulo de Mendive, por más que en rumbo vario, como en la repetida conseja del regreso, se perfila, en imagen de nostalgia, la techumbre de la casa paterna. Y en unas veces le deportan y en otras quiere extrañarse voluntariamente, para, desde lejos, trabajar con mayores ímpetus por la liberación de su isla. Así se define el primer viaje de Martí, cuando, a los diez y siete años, se le destierra a España por acusársele de intervención en un complot revolucionario. Vuelve al solar de su padre, el Capitán de Artillería Mariano Martí, pero la sangre materna, glóbulo de las Canarias, le aguarda en la posición nativa, esclavizada para entonces. En España se consagra al estudio de las ciencias jurídicas y cuando regrese a Cuba, aparentemente para ejercer su profesión, dará salida a su confesión, en fáciles octosílabos: "Yo soy un hombre sincero — en donde crece la palma — Y antes de morirme quiero — Lechar mis versos del alma — Callo, y entiendo y me quito — la pompa del rimador — Cuelgo de un árbol marchito — mi muoeta de doctor"... Después, como si volviese a uno de los señuelos americanistas más premiosos, su erranza por tierras de nuestro Continente, es la de quien prepara una nueva Antifonía para la isla de Cuba: Recorre México, Nueva York, Venezuela, Argentina, Costa Rica. Y en todos estos países trabaja. Busca a los refugiados cubanos y mientras dispone, con penuria, los recursos para el material bélico que ha de revolucionar la isla, se entrega también, con la fervorosidad de su temperamento, a la devoción de la letra. En pocos como en él habrase visto, tan enteramente unidos, el pensamiento y la acción. Rayo es el de su idea que se prende en zig zags lumínicos y fustiga. Pero como en la física de la tormenta, al término de la tarde convulsa, la paz de la naturaleza, en generosa prevención, aquíétase en la sonrisa del verso sencillo. Y como en la sucesiva marcha de los géneros, Martí es dramático cuando trae a sus prosas el accionante vaivén de la tragedia, épico cuando repule, en su párrafo de personal sintaxis, la figura difícil del héroe ciudadano, y lírico cuando, refugiándose en el subjetivismo de su enternecimiento, se confía a la paterna cantinela de su *Ismaelillo* o deposita,

en el verso dúctil, el recuerdo amoroso que ha refrescado la frente del caminante empedernido. Y en todas partes escribe sin el plan modoso del literato que aspira a la gloria y si más bien como en desahogo natural que es, al propio tiempo, su destino de decir la palabra. Y qué bella y nueva y vivaz, profunda y admonitoria, subyugante y revestida de gracia, surge aquélla de esos labios proféticos! Martí deja sus artículos en el vuelo diario, no se cuida de recogerlos, y vivos de la primera impresión, tiene una raigambre de perennidad que reflorece hoy ante los devotos martianos que los han releído y ordenado. Así de la fragua cotidiana en la cual se quema para purificarse, se alza también, acrisolada, la figura del escritor.

Cuando regresa a Cuba en el 78, Martí es encarcelado y enviado otra vez a España. El libérrimo dejará en una de sus páginas la más conmovida impresión de esos días: "Dante no estuvo en presidio", ha de escribir temblando, como para ofrecer al florentino la tristeza de angustia que acaso echó de menos en sus tercetos infernales o en los del purgatorio. Y el que viajaba, no por olvidadizo ni desamoroso, sino porque buscaba toda la libertad para llevarse consigo y dársela a su pueblo, estuvo, por muchos años, ejerciendo cargos consulares en países de América y en otras veces ganándose la vida a golpes de pluma y hasta penetrando en el trabajo del traductor, para llevar a su lengua que tanto conoció y amó, los poemas de Hugo, las novelas de Conway y de Jackson y la lógica de Stanley Jevons.

Martí no descansa. En la Florida se reúne con los refugiados cubanos y en el año de 1892 constituye, ya con las fuerzas de la definición, el Partido Revolucionario. En los campos del vivac su palabra atrae y conquista. Llega a Santo Domingo en donde le aguardan los generales Antonio Maceo y Máximo Gómez y para 1895 ha estallado la proclama de la revolución. En abril desembarca en Cuba. En mayo viaja para más lejos. Pero su anhelo se queda prendido con tenacidad irremisible. Y florece, después, triunfante.

La gesta revolucionaria de Martí, alta y limpia, arranca, después de su muerte, la voz que asciende en el elogio de la zozobra mártir. Y se habla del hombre que gustaba de consumirse en la angustia de los demás. Del que hubo de rechazar la posible Presidencia de la República, con esa expresión consecuyente y ejemplar: "La Patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal". Y como en el estudio que se hace de las vidas fecundas, más tarde interesan, con fuerza apasionante, los papeles numerosos y desperdigados del escritor. Su amigo Gonzalo de Quesada, emprende en la tarea de ordenar sus obras completas. Y le siguen Américo Lugo y Alberto Ghirardo. Unamuno, encontrándose tal vez en algo de la fortaleza martiana, le consagra sus páginas nerviosas, hechas como del azogue espejeante para recibir la figura menuda del gran desasosegado. García Calderón se alista entre los enamorados de la obra de Martí. Y están a su lado Santiago Argüello y los Henríquez Ureña, Torres Rioseco y Díez Canelo. Y ya contemplado el hombre total, en libros sintéticos o en ensayos de conjunto, revisito el campo prodigioso de su actividad y de su siembra los aspectos parciales que corresponden desde luego al brillo del conjunto, como en la suerte diamantina de las facetas, conquistan morosamente a los monografistas. Y se escriben la Iconografía de Martí por Arturo de Carricarte, Martí periodista por Gonzalo de Quesada y

Miranda, hijo del primer compilador de la obra martiana; Los periódicos de Martí, por Joaquín Llaverías... Casi bajo la advocación del Apóstol, aparece, en la Habana, el Grupo Minorista, en el cual se reúnen, con desinteresados signos, los valores más jóvenes y profícuos de la Antilla Mayor. Y de ellos no sólo que brota el estudio martiano, sino que apunta, en algunos, la misma fe reverdecida y constante del hombre culto y libertador. Y así, por afinidades o aficiones, los minoristas, analizan y completan el trabajo de revalorización de Martí, como ha sido calificado por Manuel Pedro González en su gran trabajo de bibliografía. Y si Juan Marinello nos habla de la poesía de Martí, Félix Lizaso reúne sus cartas que arrancaron de Unamuno un elogio tal como para considerar al cubano como al "máximo epistológrafo de nuestra lengua". Y si E. Roig de Leuchsenring, siguiéndole a través de la Edad de Oro, trata del Martí niño, Jorge Mañach escribe para las *Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX* que publicó la Espasa Calpe, una biografía perfecta de Martí, arquitecturada así con el epicismo de Ludwig, como en la técnica de Strachey y el interés dramático de Zweig. Y a la completación de la exégesis martiana, contribuyen Núñez y Domínguez con su Martí en México. Y Carlos Jinesta con su ensayo documentado y nervioso, patético en el episodio, vivo como una vida y gozoso como un himnario, *José Martí en Costa Rica...*

Oswaldo Bazil en sus *Vidas Iluminadas* se afana en el señalamiento de las "huellas de Martí en Rubén Darío" y si la tesis ha valido para más de un interrogante, no es por eso menos seductora. Bazil considera a Martí como a uno de los precursores del modernismo, calidad ya reconocida y afirmada en lúcidos estudios y en libros como el de Arturo Torres Rioseco. El Martí de los versos libres, siempre ha de aparecérsenos como un anunciador, al lado de Casal, Gutiérrez Nájera y Silva, no sólo de la música que Darío tesitura en compases inauditos, sino también de las imágenes novedosas que iban exprimiéndose, como de un origen, de la misma voluntad inquieta del romanticismo finisecular. Pero Bazil cree más insistentemente en la influencia que hubo de ejercer la prosa de Martí en la de Rubén. Aquel enviaba sus crónicas para *La Nación* de Buenos Aires, en cuyas columnas escribiría también el choroteja de los ojos cuajados de paisajes extraños y de los labios músicos y libadores. Y aquí otra virtud precursora que se afianza en Martí. El fue uno de los que patentizaron la gracia de la crónica lírica, descriptiva pero sugestiva, vivaz e interpretadora, impresionista como un cuadro esbozado y de un sentimiento que se acendra o se expande, como en un poema. Rubén, urgido por su fama y su pobreza, escribió sus crónicas para el diario de Buenos Aires. El poeta, como Martí, desembocaba en el río ancho de la prosa, pero sin perder su aptitud de música y metáfora. Y él sería, desde las columnas de *La Nación*, cronológicamente, el primer heraldo de la gloria de Martí a quien le tocó presentar a Rubén en Nueva York, cuando en el año 93 su paso de premura le acercaba ya a la caída final en Boca de dos Ríos.

En Gabriela Mistral, elogiante fervida de Martí, también se ha creído encontrar algo de la prosa del cubano y si no influencias terminantes, acaso hay razón para indicar afinidades, aun cuando no sean profundas, entre las páginas de Martí y las de Gabriela. Ardida está la Mistral en noble fuego y es un escritor de máscara estivo en cuyo fondo acrece, sin embargo, corriente de ternura femenina, mecida en piedad. Ella canta a los hijos que no llegaron, como si estuviesen dormidos en la en-

hecho por el Ministerio de Educación. No se necesita más.

Sabemos todos que las tres cuartas partes de los planteles primarios que necesitamos son rurales, escuelas campesinas que, con sólo una fanegada de terreno para granja y campos de juegos, y utilizando elementos regionales para las construcciones, serían pronto una animadora realidad, con reducidísimo gasto.

Mientras oradores, periodistas, contertulios y transeúntes continúan discutiendo acaloradamente los intrincados problemas de la descentralización y la intangibilidad de los fueros de la autonomía patrimonial de departamentos y municipios, "versus" la efectiva nacionalización de la enseñanza y la creación de un fondo común para la educación, podría realizarse al soslayo esta obra que bien pudiéramos llamar de descentralización centralizadora. Estimulantes servicios prestaría tal medida a municipios, departamentos y nación.

No ha mucho un ministro de la primera ad-

ministración liberal proponía que en la construcción de carreteras y ferrocarriles se destinara una pequeña suma por kilómetro —\$ 500 nada más— para la construcción de escuelas en el campo. Varios miles de kilómetros se han construido en los seis años transcurridos desde entonces. Inadvertido hubiera pasado ese pequeño aumento en el promedio de costo kilométrico de nuestras principales vías de comunicación y tendríamos en la hora presente, jalados por escuelas, de legua en legua, todos esos caminos que de tal manera serían llamados con más abundante razón "vías de progreso". Nada se hizo. Poco ganaríamos ahora, sin embargo, al entonar con los maestros cesantes un coro de lamentaciones, pero mirando no hacia atrás sino adelante, podrían quizá, en el momento presente, los padres de la patria, llevar a feliz término esta o parecida iniciativa. Tendríamos así al Ministerio de Obras Públicas haciendo partícipe de su política constructiva al Ministerio de la Educación.

Mujeres geniales

(Viene de la página 51)

rrer su sangre en la calle. Santa Hildegarda de Bingen, vidente, maestra, médica naturalista, era también una astrónoma que en plena Edad Media "cuando la tierra era considerada por todos como el centro del firmamento, mientras que la gravitación universal—el descubrimiento sublime de Newton— no había entrado en las teorías científicas de la época", aseguraba que el sol "era el centro del universo y mantiene las estrellas que gravitan a su alrededor, como la tierra atrae las criaturas que la habitan... Ella anticipó descubrimientos posteriores en relación con la alternabilidad de las estaciones... antes de que los navegantes hubiesen visitado el hemisferio sur". Declaró ella también "que las estrellas no tienen ni la luminosidad ni el mismo tamaño. Ellas están sujetas a sus trayectorias por una masa superior". En tiempos más cercanos, María Agnesi, Laura Bassi, Mme. Lavoisier, Mme. du Chatelet, Mme. Lalande, Eleanora Omerod (entomología), Sonia Kovalensky, Mme. Curie, Florencia Sabin, Miss Sempel, Mary Somerville, entre otras, han hecho valiosísimas contribuciones originales a las ciencias, que no podemos enumerar ahora.

En música y en pintura la historia no muestra mujer alguna de primer orden. Probablemente estas artes requieren una personalidad más independiente que las otras. El hecho es que en nuestros días ya comienzan a emerger mujeres pintoras que, como O'Keefe, están entre las mejores del siglo. Como intérpretes de la música cantada y como actrices, desde el siglo XVII, cuando les fué posible entrar en las tablas, las mujeres han descollado genialmente. Sarah Bernhardt, Eleonora Duse, Isidora Duncan, son nombres conocidos de todos.

Entre los emperadores y reyes, no es posible olvidar la capacidad suprema de que dieron muestras Cleopatra, Teodora de Bizancio, Catalina la Grande de Rusia, María Teresa de Austria, Isabel de Inglaterra, Isabel la Católica, Victoria de Inglaterra. Las democracias empiezan apenas a utilizar la capacidad de gobierno de la mujer que las aristocracias usaron tan bien. Hasta en la guerra, Juana de Arco, es la gran luminaria que prueba que a pesar de todos los obstáculos puestos en el camino de la mujer, el genio arrastra hasta en las líneas que como la guerra están alejadas de la idiosincrasia femenina.

En tiempos modernos, hasta exploradores y aviadoras de primer orden hay. Rosita Forbes fué el primer europeo en visitar el centro del Sahara, el oasis de Kufara, y el que más se internó en las selvas de la Guayana Holandesa; ha recorrido todo el globo por caminos no frecuentados. Amelia Earhart, ardiente feminista, perdió hace poco su vida en el seno del Pacífico tratando de darle la vuelta al mundo.

Qué he tratado de probar esta noche? Nada. Yo sé que no he dado sino la más ligera idea de las dificultades que encuentran las mujeres de genio y que tampoco he hecho justicia a los méritos de las mujeres que he mencionado. Poco a poco iremos complaciendo al amigo Walpole y ahondaremos ambos aspectos del tema que apenas he tocado hoy. Conocer los hechos gloriosos de las mujeres que nos han precedido nos da ánimo para emprender cualquier línea de investigación o trabajo por la cual sintamos inclinación. Y las mujeres jóvenes, bien sé yo que necesitan entrar en esta herencia espiritual.

Tablero

(Viene de la página 55)

pareció indiscutible hace treinta años, en épocas serenas, cuando el mar se extendía, sin olas, como un espejo hasta el confín, más axiomático me ha de parecer en esta hora trágica, estando, como están, en juego los destinos de la humanidad. Si el escritor no interviene, faltará, a sabiendas, a su misión.

MANUEL UGARTE

El poeta no debe intervenir en política porque no contribuiría con nada verdaderamente valioso; en cambio, se vería impedido en el cumplimiento pleno de su destino de creador. Su obra es lo único que debe preocuparlo, pues ella es la sola y más digna contribución que espera de él, la humanidad doliente, atormentada, que hoy lucha denodadamente por los eternos ideales de paz, justicia y libertad.

ROSARIO BELTRÁN NÚÑEZ

¿Debe el poeta intervenir en política?

Creo firmemente que sí. Pero entendámonos; si intervenir en política significa estar inscrito en un partido y trabajar activamente en él, creo que no. Pero si el no intervenir en política significa que el poeta se desentienda en absoluto de todo lo que ocurra a su alrededor en estos angustiosos y terribles momentos por los que atraviesa la humanidad, y quiera permanecer en las nubes, *au dessus de la mêlée*, me parece absurdo en un hombre de pensamiento, que es también un hombre de carne y hueso, como los restantes seres humanos. Por eso, aunque no intervenga activamente en los sucesos, debe tener una opinión sobre ellos y manifestarla, espontáneamente o cuando se la soliciten.

ALFREDO A. BIANCHI

Buenos Aires, octubre 20 de 1938.

"Par dessus la mêlée"

Divisa y tendencia que está confundiendo las almas (iba a decir "muchas de las más nobles", pero pienso que ésas no se dejan confundir).

Sin duda hay que estar en cierto sentido *par dessus la mêlée*; pero no para identificar lo justo y lo injusto, sino para discernirlos mejor, y no para abstenerse de la lucha, sino para asistir.

Par dessus la mêlée, como los dioses de Homero: combatiendo; pero con una diferencia: combatiendo, no por un bando en cualquier caso, sino en cada caso por lo justo.

Cuando un escritor refina tanto su imparcialidad y su abstracción como para sentir, por ejemplo, que en el caso de la invasión belga todos eran iguales, que tanta razón o tanta sinrazón tenían los alemanes como los belgas, entonces se ha rarificado tanto esa moral que el sentimiento desaparece. Ahora, si después de condenar en este caso al bando que fué injusto y criminal, se hubiera sentido obligado, por prejuicios de bando, a seguir condenando siempre al mismo, aun en algún caso en que hubiera podido tener razón, entonces hubiera combatido mal. Pero no se trata de eso: Precisamente si debemos levantarnos —*au dessus*— no ha de ser ni para sustraernos ni para identificar, sino para discernir mejor lo justo de lo injusto y para defender, ayudar y condenar. Como los dioses de Homero, pero no siempre por los griegos: por la justicia:

No incondicionalizarse en un bando. Verlo de cada lado, pero para sentir mejor e intervenir mejor. Del otro modo *par dessus la mêlée* es triste cosa. Produce, o mejor, revela, falta de sensibilidad a la justicia y falta de reacción por la injusticia (concreta). Y si no confunde a los hombres mejores, es porque éstos, sensibles a lo justo y a lo injusto, no pueden, ante la injusticia, decir ni sentir: *Je m'en plante*.

(De Carlos Vaz Ferreira en su libro *Fermentario*. Montevideo, 1938).

Cesa de publicarse la *Revista Venezolana*. Dice entonces Martí, en Caracas, 27 de julio de 1881:

Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy, o será mañana, devuelta a las personas que la satisficieron; obra a este objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si cuando se piensa, se ama.

(José Martí, *Nuestra América*, Vol. VII de sus *Obras*. Habana, 1909).

diestra. "Quiero que conste que por la causa de Cuba me dejo clavar en la cruz", dijo para cerrar sus labios enfervorizadores.

Emeterio Santovenia, otro de los martirolatras de América, en su *Bolívar* y *Martí* ha establecido, con afectuoso conocimiento, el paralelo del héroe cuya vida ocupa en estos días a Emil Ldwing y el apóstol cubano. De la misma fortaleza de las afinidades, ha resaltado sin embargo, el aprecio de las diferencias. Pero la pura misión de su obra les identifica y hasta les une. Martí se declaraba, como Bolívar, profundamente americano. "De América soy hijo, a

ella me debo", era su frase reticente. Bolívar afirmaría una férrea voluntad de dominio, aun cuando ya se limpiase de aquella, para la purificación, en su atardecer de Santa Marta. Martí no. La empresa de Bolívar, de vastedad extraordinaria, sería continuada, en palabra y en acción, por José Martí, por más que el mismo hombre admirable cuyo elogio ha querido trazarse en estas líneas descoloridas, hubiese expresado una vez, con la desolación de los grandes, algo que puede cobrar actualidad en las mismas horas a las cuales asistimos: "El Libertador hace falta en América, porque lo que él no realizó, todavía está por hacerse".

Juan Montalvo

(Viene de la página 56)

volencia de nuestros semejantes, por medio de la moderación y el sufrimiento." Y murió como lo deseaba: con entereza, con resignación y con la mente clara. No quiso dejarse anestesiar, para la dolorosa y larga operación quirúrgica a que fué necesario someterlo.

Era una mañana lluviosa y oscura, cuando llegó a verlo su íntimo amigo y paisano, el doctor Yerovi, lo encontró sentado en un sillón, vestido de rigurosa etiqueta, como para la ceremonia más

importante de la vida. "Diga usted a los míos, le encargó a Yerovi, que en mis últimos momentos, ni Dios ni los hombres me han faltado." Y agregó: "Que traigan flores, muchas flores; es tan triste un cadáver sin flores." Y expiró tranquilamente, sin una angustia, sin un estertor, sin una lágrima. Era el 17 de enero de 1889, en París, calle Cardinet, número 26, donde el gobierno de Francia colocó después una placa conmemorativa del infausto acontecimiento.

Los chicos

(Viene de la última página)

—El señor Chechevitsen.

—No. Yo soy Montigomo, Uña de Buitre, el jefe de los invencibles.

Macha, la más pequeña, miró a Chechevitsen, luego a la ventana, detrás de la cual se veía llegar la noche y dijo pensativamente:

—Anoche guisaban lentejas...

Las palabras, completamente incomprensibles, de Chechevitsen, y lo que constantemente estaba hablando en voz baja con Volodia; el ver que éste no jugaba, sino que estaba constantemente pensativo, todo eso era enigmático y extraño. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, comenzaron a vigilar mucho a los chicos. Por la noche, cuando éstos se acostaron, las niñas se acercaron furtivamente a la puerta y oyeron su conversación. ¡Oh, de lo que se enteraron! Los chicos se preparaban a huir para alguna parte de América, a buscar oro; ya lo tenían todo preparado para el viaje: una pistola, dos cuchillos, un seco, una lente de aumento para hacer fuego, un compás y cuatro rublos. Se enteraron de que los chicos tenían que ir a pie unos cuantos miles de verstas, y luchar por el camino con los tigres y los salvajes; después habían de partir en busca del oro y el marfil, matar a los enemigos; tenían que convertirse en piratas marinos; beber gin y, por último, casarse con bellas y labrar las plantaciones. Volodia y Chechevitsen se entusiasaban hablando y se interrumpían el uno al otro. Chechevitsen se hacía llamar Montigomo, Uña de Buitre y Volodia, Hermano Cara Pálida.

—Oye, tú, ten cuidado no se lo digas a mamá —dijo Katia a Sonia cuando se fueron a dormir—. Volodia nos traerá oro y marfil de América y si se lo cuentas a mamá no le dejarán irse.

La víspera de Navidad Chechevitsen estudió durante todo el día el mapa de Asia y tomó varias apuntaciones, y Volodia, triste e hinchado como si le hubiera picado una avispa, an-

duvo lúgubramente por las habitaciones y no probó bocado. Hasta se detuvo una vez delante del icono, en la habitación de los niños, se santiguó y dijo:

—¡Señor, perdona a este pecador! ¡Señor, conserva a mi pobre y desdichada mamá!

Hacia la noche se echó a llorar. Cuando iba a acostarse abrazó durante largo rato a su padre, a su madre y a sus hermanas. Katia y Sonia lo comprendían todo, y la menor, Macha, no comprendía absolutamente nada, y únicamente al mirar a Chechevitsen se quedaba pensativa y decía con un suspiro:

—Cuando hay ayuno, dice el ama que hay que comer guisantes y lentejas.

La mañana de las vísperas, muy temprano Katia y Sonia se levantaron sigilosamente de sus camas, y se fueron a mirar cómo se marcharían los muchachos a América. Se acercaron furtivamente a la puerta.

—¿Conque no vas? —preguntaba Chechevitsen enfadado—. Dí, ¿no vas?

—¡Señor! —exclamaba Volodia llorando quedamente—. ¿Cómo voy a ir? Me da lástima de mi mamá.

—Hermano Cara Pálida, te suplico que nos vayamos. Tú asegurabas que te irías. Tú me has engañado. Y cuando llega la hora de la marcha te acobardas.

—Yo... Yo no me acobardo... Me... da lástima de mi mamá.

—¡Dí! ¿Irás o no?

—Iré, pero... Aguárdate... Quiero vivir un poquito...

—En ese caso me iré yo solo! —decidió Chechevitsen—. Me pasará sin ti. ¡Y todavía quería cazar y luchar con los tigres! ¡Si eso es así, devuélveme los pistones!

Volodia se echó a llorar tan amargamente, que las hermanas no pudieron contenerse y también comenzaron a llorar silenciosamente.

Hubo un rato de silencio.

—¿De modo que no irás? —volvió a preguntar Chechevitsen.

—I... iré.

—¡Pues vístete!

Chechevitsen, para convencer a Volodia, elogiaba a América, rugía como un tigre, imitaba a un barco, insultaba, prometía dar a Volodia todo el marfil y todas las pieles de leones y tigres.

Y aquel chico moreno y delgado, con sus cabellos cerdosos, y lleno de pecas, les parecía a las niñas un héroe extraordinario. Era un hombre decidido y valiente, y rugía de tal manera que, estando detrás de la puerta, se podía pensar que era realmente un león o un tigre.

Cuando las niñas regresaron a su cuarto y empezaron a vestirse, Katia, con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—¡Ah, qué miedo tengo!

Hasta las dos de la tarde, cuando se sentaron a comer, todo estaba tranquilo; pero durante la comida diéronse cuenta, de pronto, de que los chicos no estaban en casa.

Enviaron a buscarlos al cuarto de los criados, a la cuadra, al pabellón del administrador; pero no los encontraron. Fueron a buscarlos a la aldea; pero tampoco estaban allí. El te se tomó sin haberlos hallado. Pero cuando llegó la hora de la cena, la madre comenzó a inquietarse, y hasta se echó a llorar. Por la noche volvieron de nuevo a la aldea, anduvieron buscándolos, con faroles, por el río. ¡Dios mío, qué alarma reinó en toda la casa!

Al día siguiente llegó el *uriadnik* y escribieron en el comedor no sabemos qué *maped*. La madre seguía llorando.

Pero pronto se detuvo un trineo a la entrada principal y de la *troika* de caballos blancos desprendíase un vapor espeso.

—¡Ha llegado Volodia! —gritó alguien en el patio.

—¡Volodichka ha llegado! —chilló Natalia, entrando como una flecha en el comedor.

Y *Milord* comenzó a ladrar con su voz de bajo: "¡guau, guau!"

Resultaba que a los chicos los habían detenido en la ciudad, en un hotel (allí habían llegado preguntando dónde se podía comprar pólvora). Volodia, en cuanto entró en la antecámara, se echó a llorar y se arrojó al cuello de su madre. Las niñas, temblando de espanto, pensaban en lo que iba a ocurrir; oían que papá se llevaba a Volodia y a Chechevitsen a su despacho, donde durante largo rato habló con ellos; y mamá también hablaba y lloraba.

—¿Cómo es posible que hiciérais eso? —les decía papá—. No quiera Dios que se enteren en el Instituto, pues os echarían inmediatamente. Y a usted le debería dar vergüenza, señor Chechevitsen. ¡No está bien! Usted es el inductor, y espero que sus padres le castigarán. ¿Acaso se puede hacer esta diablura? Dónde pasasteis la noche?

—En la estación —respondió orgullosamente Chechevitsen.

Volodia, después de lo sucedido, tuvo que meterse en la cama y le pusieron a la cabeza paños empapados en vinagre. Enviaron un telegrama a no sé dónde y al día siguiente llegó una señora, la madre de Chechevitsen, y se llevó a su hijo.

Al marcharse Chechevitsen tenía un aspecto severo y arrogante, y, despidiéndose de las niñas, no dijo ni una palabra; cogió tan sólo el cuaderno de Katia y escribió en él, como recuerdo:

Montigomo, Uña de Buitre.

ANTON CHEJOV.

Con F. W. FAXON Co.
Subscription Agency, Faxon Building, 82,
Francis Street Back, Bay Boston, Mass.
consigue Ud. este semanario.

EDITOR:
J GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual \$ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.50
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Erased una vez... (Rincón de los niños)

* * * * *

Los chicos

= Selección y envío de V. Y. Del libro *La cerilla sueca*,
por Anton Chejov. Colpe. Madrid. 1924. =

—¡Ha llegado Volodia! —gritó alguien en el patio.

—¡Volodichka ha llegado! —chilló Natalia, entrando como una exhalación en el comedor—. ¡Ah, Dios mío!

Toda la familia de los Koroleff, que estaba esperando de un momento a otro a su Volodia, se precipitó a las ventanas.

Junto a la entrada principal de la casa hallábase un amable trineo, y de la *troika* de blancos caballos desprendíase un vapor espeso. El trineo estaba vacío, porque Volodia se encontraba ya en el vestíbulo, desatándose la capucha, con los dedos rojos por el frío. Traía el capote de estudiante, la gorra, los chanclos y los cabellos de las sienes cubiertos de escarcha, y de todo él se exhalaba un aroma de helada tan delicioso, que, mirándole, daban ganas de estar también helado y decir: ¡Brrr... Brrr...!

La madre y la tía se precipitaron a besarlo y abrazarlo; Natalia se arrojó a sus pies para quitarle los *valenky* (1), las hermanas expresaron ruidosamente su alegría, las puertas chirriaron y el padre de Volodia, en chaleco y con unas tijeras en la mano, entró corriendo en la antesala y gritó como asustado:

—¡Nosotros te esperábamos ayer! ¿Has tenido buen viaje? ¿Sin novedad? ¡Dios mío! ¡Dejadle que salude a su padre! ¿Es que no soy su padre?

—¡Guau... guau...! —ladraba con voz de bajo Milord, un gran perro negro, dando con el rabo en las paredes y en los muebles.

Todo se confundió en un sólo sonido alegre que duró unos dos minutos. Cuando pasó el primer arrebatado de júbilo, los Koroleff diéronse cuenta de que además de Volodia había en la antesala otro hombrecito, envuelto en pañuelos, chales y capuchas, y cubierto de escarcha; permanecía de pie e inmóvil en un rincón, en la sombra de un gran gabán de pieles.

—Volodichka, ¿quién es éste? —le preguntó en voz baja su madre.

—¡Ah! —exclamó Volodia, acordándose de él—. Tengo el honor de presentaros a mi compañero Chechevitsen (2), alumno del segundo año de Bachillerato... Le he traído para que pase entre nosotros unos días.

—Mucho gusto, tenga la bondad...! —dijo alegremente el padre de Volodia.— Perdoneme usted: pero como estoy en casa, no me pongo la levita... ¡Tenga usted la bondad! ¡Natalia, ayuda a quitarse la ropa al señor Chechevitsen!... ¡Dios mío, pero que echen a este perro...! ¡Es un castigo!

Al cabo de un rato, Volodia y su amigo Chechevitsen, aturridos por tan ruidosa recepción y todavía sonrosados por el frío, estaban sentados a la mesa tomando el té. El sol de invierno, atravesando la nieve y los dibujos helados

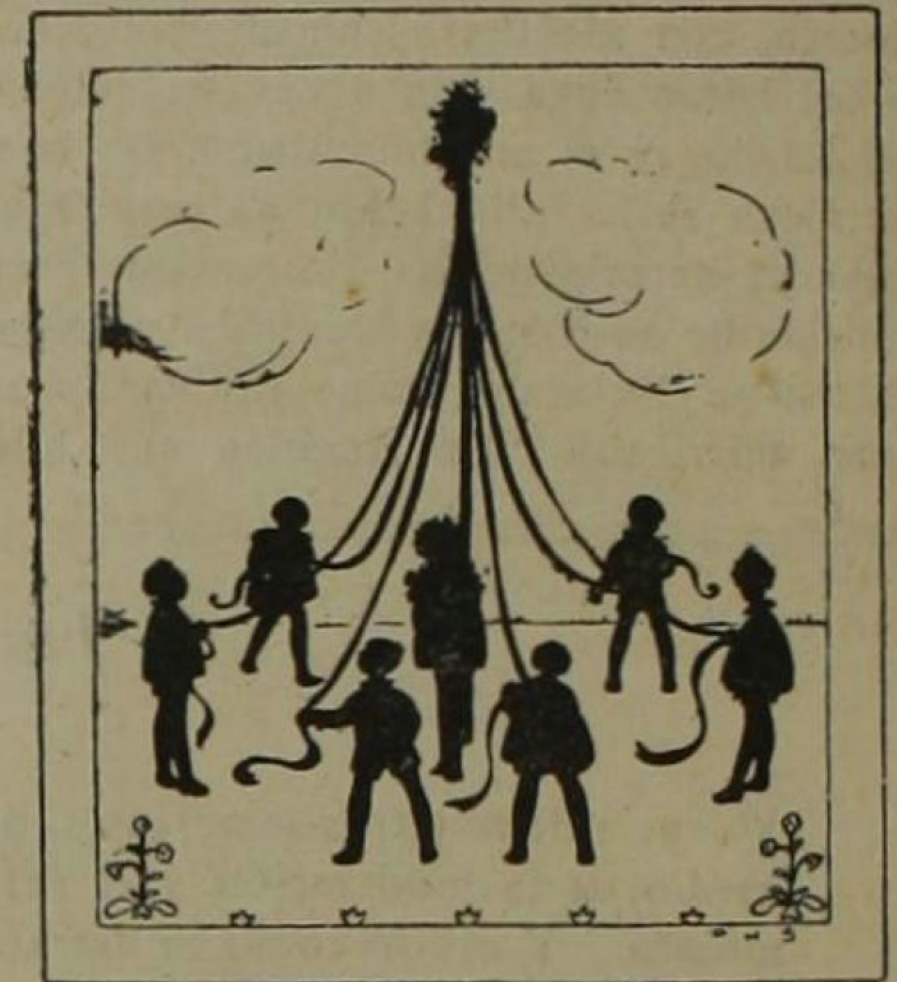
de la ventana, temblaba sobre el *samovar* y bañaba sus puros rayos en el tazón de agua. El ambiente de la habitación era tibio y los muchachos sentían cómo en sus cuerpos ateridos, no queriendo ceder el uno al otro, cosquilleábanse el frío y el calor.

—¡Bien, pronto tendremos Navidades! —decía casi canturreando el padre, mientras hacía su cigarrillo con un tabaco marrón—. Parece que ayer no más era el verano y tu madre lloraba despidiéndose de ti; y aquí te tenemos otra vez... El tiempo, amigo, corre rápidamente. Apenas se da uno cuenta de la vida y ya llega uno a viejo... Señor Chibisoff... coma usted, no le dé a usted reparo... Nosotros no gastamos cumplidos.

Las tres hermanas de Volodia, Katia, Sonia y Nacha, —la mayor de ellas tenía once años— estaban sentadas junto a la mesa y no quitaban los ojos del nuevo conocido. Chechevitsen era de la misma estatura e igual edad que Volodia, pero no tan rechoncho y blanco como él, sino delgado, moreno y cubierto de pecas. Tenía cabellos cerdosos, los ojos estrechos, los labios gruesos; en general, era bastante feo, y si no hubiera llevado la guerrera de estudiante, por el aspecto exterior se le habría podido tomar por el hijo de la cocinera. Estaba lúgubre y taciturno y no se sonreía ni una sola vez. Las niñas, mirándole, comprendieron en seguida que debía ser un hombre muy inteligente e instruido. Durante todo el tiempo estaba pensando en algo, y tan ocupado con sus pensamientos, que cuando le preguntaban algo se estremecía, sacudía la cabeza y pedía que le repitieran la pregunta. Las niñas notaron que también Volodia, siempre alegre y comunicativo antes, esta vez hablaba poco, no se sonreía en absoluto y hasta parecía que no se alegraba de haber vuelto a casa. Mientras tomaban el té tan sólo una vez dirigióse a sus hermanas y también con palabras extrañas. Indicó con el dedo el *samovar* y dijo:

—En California, en lugar de te, toman *gin*. El también estaba preocupado por desconocidos pensamientos, y a juzgar por las miradas que de cuando en cuando cambiaba con su amigo Chechevitsen, los pensamientos de ambos muchachos eran idénticos.

Después del té todos se trasladaron a la habitación de los niños. El padre y las niñas se sentaron junto a la mesa y se dedicaron al trabajo, que había sido interrumpido por la llegada de los chicos. Estaban haciendo, con papel de diversos colores, flores y franjas para el árbol de Navidad. Era un trabajo entretenido y ruidoso. Cada flor que se hacía era recibida por las niñas con gritos de entusiasmo, como si la flor hubiera caído del cielo; el papá también se entusiasmaba y de cuando en cuando tiraba las tijeras al suelo, enfadándose con ellas porque no estaban afiladas. La mamá entró en la habitación de los niños, con cara de preocupación y preguntó:



—¿Quién ha cogido mis tijeras? ¿Otra vez las has cogido tú, Ivan Nikolaich? ?

—¡Dios mío, ni siquiera me dejan las tijeras! —respondió con voz lastimera Ivan Nikolaich, y reclinándose sobre el respaldo de la silla, adoptó la postura del hombre ofendido; pero al cabo de un minuto volvió a entusiasmarse.

En sus anteriores llegadas Volodia se ocupaba también en los preparativos para el árbol de Navidad, o corría al patio a ver cómo el cochero y el pastor hacían una montaña de nieve; pero ahora él y Chechevitsen no prestaron atención ninguna al papel de colores y ni una sola vez fueron a ver los caballos en la caballeriza, sino que se sentaron junto a la ventana y comenzaron a hablar algo en voz baja; después, ambos abrieron el Atlas geográfico y comenzaron a mirar un mapa.

—Primero Perm... —decía quedamente Chechevitsen—. De allí a Tiumeñ... Luego a Tomsk. Después... después... a Kamchatka... De aquí los samoredos nos trasladarán en lanchas por el estrecho de Behring... Y de aquí a América... En América hay muchos animales peludos.

—¿Y California? —preguntó Volodia.
—California está más abajo... Con tal de llegar a América, ya no es difícil caer en California. Para comer podemos procurarnos alimento por la caza y el saqueo.

Chechevitsen, durante todo el día, se apartó de las niñas, mirándolas de reojo. Después del té de la tarde quedó solo con ellas, casualmente, unos cinco minutos. Era un poco violento estar callado. Tosió severamente, se froto las manos, lanzó una mirada tétrica sobre Katia y preguntó:

—¿Ha leído usted a Mayne-Reid?
—No, no lo he leído... Oiga usted, ¿sabe usted patinar?

Sumergido en sus pensamientos, Chechevitsen no respondió a esta pregunta y únicamente infló los carrillos y sopló de igual manera que si tuviera mucho calor:

—Cuando un rebaño de bisontes corre por las pampas, tiembla la tierra, y entonces los mustangos dan coces y relinchan.

Chechevitsen sonrió tristemente y continuó:

—También los indios asaltan el tren. Pero lo peor de todo son los mosquitos y los coquejes.

—¿Y eso qué es?

—Son como hormigas, pero tienen alas. Pican horriblemente. ¿Saben ustedes quién soy yo?

(Concluye en la página anterior)

(1) Botas altas de fieltro.

(2) Este apellido significa "lentejas."